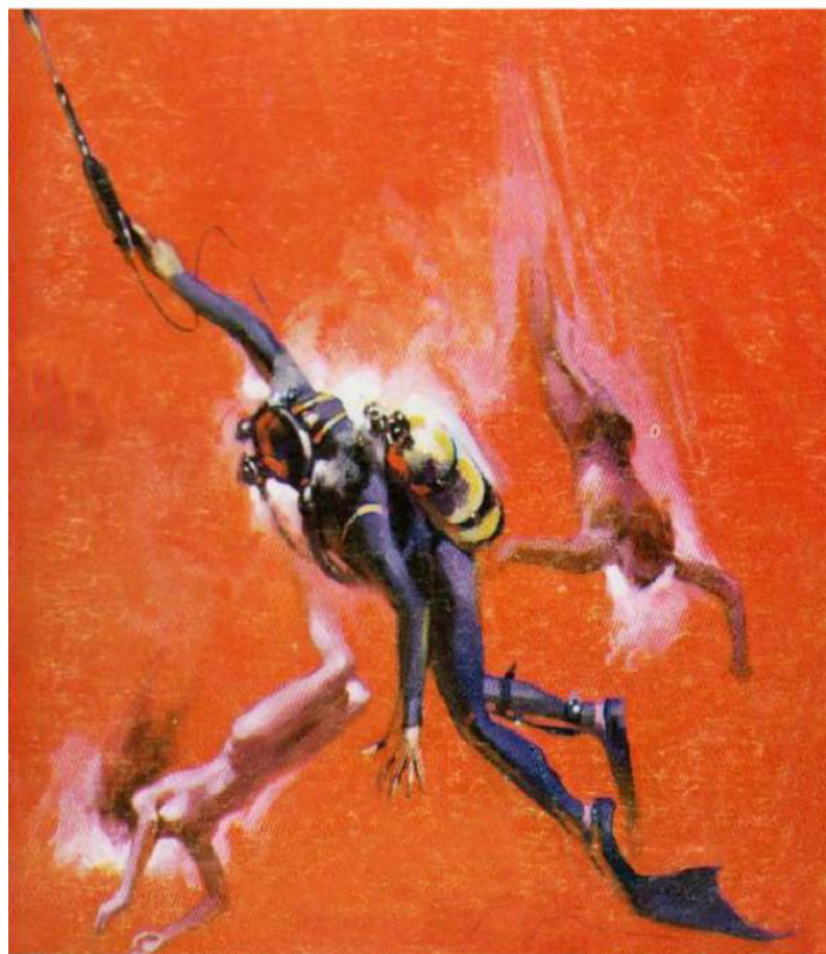




para pasto de los peces

CLARK CARRADOS



COLECCION

PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.513 — Plomo en los pies.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.366 — El teatro de la muerte.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.058 — Sed de odio, sed de sangre.
- En Colección CALIFORNIA:
812 — Abogado de revólver.
- En Colección KANSAS:
943 — La hondonada del diablo.
- En Colección BRAVO OESTE:
526 — Clave para el asesino.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
818 — El fin de la cuenta.
- En Colección ASES DEL OESTE:
635 — Las siete chicas de oro.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
138 — Contratados para morir.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
66 — Destinos ardientes.
- En Colección PUNTO ROJO:
760 — El puñal a la espalda.
- En Colección COLORADO:
1.002 — Un solo disparo.

CLARK CARRADOS

PARA PASTO DE LOS PECES

Colección **PUNTO ROJO** n.º 766
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 40.111 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1976

© **Clark Carrados** - 1976

texto

© **Alberto Pujolar** - 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre emergió de las aguas y se quitó la boquilla de los labios, a fin de llenarse los pulmones de aire. Apoyado con la mano izquierda en la borda de la pequeña lancha con motor fuera borda, paseó la vista en torno al mar que le rodeaba.

La costa quedaba escasamente a media milla de distancia. El fondo se hallaba a menos de cincuenta metros. Ben Tucson tenía unos pulmones a prueba de bomba y, sin necesidad de botellas de aire, había estado a punto de tocar el fondo con las manos.

Le gustaba sumergirse en las profundidades y practicar la pesca submarina. Ello relajaba considerablemente la tensión a que estaba sometido de un modo habitual. Sin contar, claro, con la hermosa chica que le esperaba en el hotel situado tan cerca de la playa y que se hallaba más interesada por los dólares que Tucson gastaba tan pródigamente que en los atractivos que podía ofrecer el fondo del mar.

Una motora, algo mayor que la suya, se movía perezosamente a unos cien metros de distancia. Tucson maldijo entre dientes. Quizá el ruido del motor le espantaría las presas. Pero no podía hacer nada para evitarlo. El mar era libre.

Tucson no concedió ninguna importancia a la lancha, ni siquiera cuando vio que se acercaba un tanto, con el motor a la mínima potencia. Había en ella dos hombres, todos ellos con grandes gafas de color, a fin de atenuar la deslumbradora luz solar. Tucson se hubiera sentido más preocupado de haber visto que, minutos antes, un submarinista, equipado con escafandra autónoma, se había lanzado al mar, por el costado opuesto de la otra lancha.

Al cabo de unos segundos, Tucson volvió a sumergirse. El submarinista se le acercó por retaguardia. La lancha avanzó medio centenar de metros.

De pronto, Tucson sintió en el tobillo izquierdo el contacto de

un aro metálico. Casi en el mismo instante, el submarinista dio un tirón a la cuerda que le enlazaba con la motora.

Tucson se revolvió velozmente. Estaba a unos quince metros de la superficie. Bajó la vista y vio el objeto que tenía en torno al tobillo. En aquel momento, algo cayó de las alturas con sordo siseo.

Era una gran pesa de metal y estaba unida por un delgado cable de acero a un aro también del mismo material. Tucson taloneó frenéticamente, para emerger a la superficie, olvidado por completo de la pistola lanzaarpones que formaba parte de su equipo de pesca. Ni siquiera se le ocurrió usar el puñal sujeto a su pantorrilla derecha.

Ascendió cinco o seis metros. La pesa descendió junto a él y el cable se tensó. Ben Tucson se sintió arrastrado irremisiblemente hacia el fondo.

Forcejeó, desesperado. El aro metálico que tenía en torno al tobillo era una argolla policial, ceñida lo justo para que no pudiera quitársela. El extremo del cable del lastre estaba sólidamente unido a la otra argolla.

A pesar de sus esfuerzos, Tucson se sintió hundir en las profundidades. Su descenso cesó cuando el lastre tocó fondo. Tucson, notando que el aire le empezaba ya a faltar, hizo frenéticos esfuerzos por volver a la superficie.

Era todo inútil; la pesa le mantenía firmemente sujeto al fondo. En los últimos instantes de una atroz agonía, Tucson presintió la identidad del autor de su muerte, pero muy pronto sobrevino la pérdida de conocimiento.

El submarinista volvió a sumergirse minutos más tarde. Al cabo de un rato, volvió a la superficie y juntó el pulgar y el índice en círculo.

—Está hecho —dijo.

Dos hombres sonrieron detrás de las máscaras que eran las gafas negras.

—Buena labor, Laskie —dijo uno de ellos.

Otro se inclinó para ayudar al submarinista a trepar a la embarcación. El piloto, apenas vio que la operación había concluido, avanzó la palanca de gas.

El motor rugió y lanzó un potente turbión de espumas. La lancha se alejó a gran velocidad. A bordo iban cuatro hombres que querían

disfrutar de un día agradable en el mar.

La rubia era guapa y de cuerpo abundante en curvas, pero tenía cara de tonta. Por lo menos, no parecía demasiado lista, pensó Ethan Kirboe, al verla frente a sí, después de que ella hubiese abierto la puerta.

—¿Qué desea? —preguntó ella desabridamente.

—Me llamo Kirboe —manifestó el visitante—. ¿Puedo hablar con Ben Tucson?

Ella soltó una agria carcajada.

—Si tiene el humor de ir al cementerio y esperar su resurrección... —contestó mordazmente.

Kirboe arqueó las cejas.

—De modo que está muerto —dijo.

—Más que mi abuela. ¿Para qué quería verle, señor Kirboe?

—¿Puedo entrar, señorita...?

—Paula Reggan —contestó ella, a la vez que se apartaba a un lado—. ¿Era amigo de Ben? —preguntó, mientras se disponía a encender un cigarrillo.

—A veces, teníamos negocios en común, señorita Reggan.

—No sea ceremonioso, hombre. Llámeme Paula. ¿Qué quiere que le diga, Ethan?

Kirboe volvió a contemplar a la rubia. Sí, era la clase de mujer que acababa liada con un hampón, como lo había sido Ben Tucson. Guapa, vistosa, poco seso... y menos ropa todavía, según saltaba a la vista. Paula llevaba puesto algo que quería ser una blusa y que no era sino un trozo de tela floreado que cubría mal un busto opulento y macizo, y unos pantalones que seguramente estallarían cuando tuviese que agacharse a recoger algo del suelo.

—No sabía que Ben hubiese muerto —dijo al cabo de unos segundos—. ¿Puede decirme cómo ocurrió?

—Nos fuimos de vacaciones a Port Henlon, en las Bahamas. A Ben le gustaba mucho la pesca submarina. Yo la detesto, pero, como él pagaba el gasto...

—Claro, no le iba a privar de sus gustos —sonrió Kirboe.

—El hombre que paga, siempre manda —dijo la rubia cínicamente—. No me mire así, Ethan; es la vida.

—La vida es un asco, en efecto.

—Alguien le ató un peso al tobillo y ya no pudo volver a la

superficie.

Kirboe silbó.

—Una manera de morir muy poco agradable —dijo.

—La muerte nunca es, agradable.

—Sí. ¿Cómo se supo la noticia?

—Bueno, yo estaba en el hotel... Ben tenía al menos la costumbre de regresar a una hora determinada, con pocos minutos de diferencia. Cuando vi que se retrasaba, me alarmé. Esto sucedió por la mañana. A las cinco de la tarde, llamé a la policía. Encontraron su lancha flotando a la deriva. Dos días después, encontraron su cuerpo.

—No lo sabía —murmuró Kirboe.

—Según dijeron los «polis» le ataron al tobillo izquierdo una esposa. En la otra había un cable de acero, de unos veinte metros, atado por el otro extremo a una pesa de hierro de más de treinta kilos. Se supone que alguien se le acercó por detrás, le sorprendió, enganchó a su tobillo una de las esposas...

—Pero un submarinista no podía llevar consigo una pesa de treinta kilos —alegó Kirboe—. Se habría hundido irremisiblemente.

Paula se encogió de hombros.

—Yo digo lo que dijo la policía —contestó—. Parece ser que al asesino le ayudó alguien. Probablemente, otro hombre, desde una lancha, quién fue el que soltó la pesa, cuando el asesino le hizo señas desde abajo de que ya había enganchado la argolla. Había cincuenta metros de profundidad, ¿comprende?

—Un asesinato con mucho ingenio. ¿Qué más puede decirme usted, Paula?

—Ya está dicho todo, al menos, lo que yo sé. Ben nunca me hablaba de sus negocios, ¿comprende? Tampoco me importaba; yo soy siempre muy discreta. No te metas en líos de hombres y vivirás, ése es mi lema.

Kirboe sonrió.

—Un lema muy eficaz, Paula —convino.

—Oiga, ¿para qué quería hablar usted con Ben?

—La verdad, soy investigador privado. A veces, Ben me proporcionaba informes.

—Ah, ya entiendo. Lo siento, yo no sé absolutamente nada de sus asuntos, excepto que vivía bastante bien. Menos mal que se dejó

el dinero en el hotel y pude pagar la cuenta y el viaje de vuelta.

Kirboe paseó la mirada por el interior del departamento, agradablemente decorado. A Tucson, en efecto, le había gustado vivir bien. Claro que sus ingresos, sin ser absolutamente ilegales, tampoco eran completamente lícitos. Pero esta vez, pensó, debía de haberse metido en un lío bastante gordo para acabar ahogado en el fondo del mar.

—Una pregunta —dijo, porque, de pronto, se le había ocurrido una idea—. En Port Henlon usarían, sin duda, un coche alquilado.

—Sólo un día. Hicimos una pequeña excursión, pero ya no volvimos a movernos del hotel... Bueno, él tenía una barca alquilada y yo iba a la playa. No me gustaba pasarme horas y horas en el mar.

—Se aburría —sonrió el visitante—. Pero Ben tenía un coche.

—Claro. Está abajo, en el sótano de «*parking*»...

—¿Puede dejarme las llaves? Se lo devolveré enseguida.

Paula le miró recelosamente.

—No tema —dijo Kirboe—, no soy un ladrón de coches. Si quiere, puede acompañarme.

—Gracias, creo que puedo confiar en usted. Pero ¿tiene mucha prisa?

Kirboe arqueó las cejas.

—¿Por qué lo pregunta?

Paula se le acercó, insinuante.

—Si no tiene prisa, quédese a tomar una copa conmigo —invitó, con seductora sonrisa.

—Paula, tomaré la copa después de que haya examinado el coche de Ben.

En realidad, Kirboe pensaba entregar las llaves del automóvil al conserje del edificio. Nunca retrocedía ante una aventura amorosa, salvo si ella no resultaba de su gusto. Y Paula no era precisamente una mujer que le resultase demasiado interesante, pese a su espectacular figura.

—De acuerdo —dijo ella—. Tendrás la copa preparada para cuando regreses.

Un pequeño llavero voló por los aires. Kirboe lo atrapó al vuelo.

—Gracias, Paula.

Kirboe abandonó el departamento, profundamente pensativo.

¿En qué lío se había metido Tucson, para acabar con un lastre atado a los pies?, se preguntó.

«Debe de haber sido muy gordo. Y esta vez, además, Tucson no tomó precauciones», pensó.

Momentos después, se hallaba en el sótano de estacionamiento. Conocía bien el automóvil de Tucson. Al sujeto le habían gustado siempre los coches espectaculares. Extranjeros, por supuesto.

El coche de Ben era un «Mercedes»

450 S. L.,

automático, plateado. La rubia, pensó, mientras se disponía a abrirlo, debía de haber disfrutado como una loca viajando al lado de Tucson.

Sentado en el asiento del conductor, abrió la guantera y la registró minuciosamente. Al fin, encontró lo que buscaba.

La llave saltó en la palma de su mano. Aquella llave abría un armario automático en una estación de autobuses. ¿Qué había guardado Tucson en el armario?

El olfato profesional no le había engañado, se dijo, satisfecho, mientras se disponía a cerrar el coche nuevamente. Ahora conocería los motivos de la muerte de Tucson.

De pronto, oyó un tremendo estampido. ¿Quién disparaba un cañón en su cabeza?

Tardó menos de un segundo en comprender la verdad. Nadie había disparado un cañón junto a su cráneo. Lo supo cuando ya tenía la cara pegada al frío cemento del suelo. Supo también que le iban a quitar la llave del armario, pero no tenía fuerzas para evitarlo. Lo único que quería era dormir mucho, dormir... dormir...

CAPÍTULO II

La cabeza le dolía aún, a pesar de la ducha fría, las aspirinas y el cuarto de litro de café que había ingerido. Kirboe se sentía de un pésimo humor y creía que ello contribuía también al exacerbamiento del dolor.

En el lado derecho de la cabeza, un poco por detrás de la oreja, tenía un chichón, al cual aplicaba constantemente trozos de hielo. Una y otra vez se preguntaba qué podía haber guardado Tucson en el armario de la estación de autobuses. Debía de ser algo de gran importancia, cuando le había costado la vida. «Y a mí, me ha faltado muy poco para irme al otro barrio», se dijo, lleno de frustración.

De repente, llamaron a la puerta.

Kirboe dejó a un lado la bolsa de hielo. Al abrir, vio a una hermosa muchacha en el umbral.

—Usted es Ethan Kirboe —dijo ella.

—Sí, señorita.

—Deseo hablar con usted. Me llamo Cobina Watson.

Kirboe se echó a un lado.

—Entre —invitó—. Dispense mi apariencia, pero he sufrido un pequeño accidente... ¿En qué puedo servirla?

Cobina le miró fijamente. Era una joven de aspecto encantador, pelo castaño oscuro, ojos grises y silueta muy bien contorneada, realzada por el traje blanco, de falda corta y sin mangas.

—Soy... era amiga de Gussie Tucson —dijo—. Ella me indicó que viniese a verle.

—Gussie Tucson —repitió Kirboe—. ¿Hermana de Ben?

—Sí. Ha muerto.

Kirboe respingó.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. Gussie ha sido asesinada.

—¡Rayos! No sabía que Ben tuviese una hermana... Él no me habló nunca nada al respecto...

—Gussie y yo éramos muy amigas. Trabajábamos en la misma empresa. Hace algún tiempo me entregó algo. Temía que le pasara algo grave. Nunca quiso explicarme los motivos. Hoy me llamó y dijo que viniera a verle. «Tengo los minutos contados», manifestó exactamente.

—Pero... eso es... fantástico.

—La realidad —expresó Cobina, muy seria—. Yo me alarmé y corrí a su casa. A decir verdad, pensaba que Gussie estaba un poco desquiciada y que lo que necesitaba era un buen psiquiatra. Pero no hace más de dos horas he podido darme cuenta de que decía la verdad. Fui a su casa, llamé, no me contestó nadie y avisé a la policía. Cuando derribaron la puerta del piso, la vimos muerta. Un tiro en el corazón.

Kirboe apreció que su encantadora visitante estaba muy pálida.

—Le daré una copa, la necesita —dijo.

—Sí, gracias —admitió Cobina sin remilgos.

El color volvió lentamente a las mejillas de la visitante, después de unos sorbos de buen *brandy*.

—No sé exactamente de qué se trata —continuó ella—. Pero debo entregarle lo que me dio Gussie.

Cobina abrió su bolso y sacó una llavecita, a la cual había unido un trozo de cartón, por medio de una cuerdecita. Kirboe tomó la llave. Asombrado, vio escrito un número en el cartón.

—Es una copia de la llave auténtica —exclamó.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Cobina, intrigada.

—Ben Tucson guardaba en la guantera de su coche una llave de un armario automático de una estación de autobuses. Me la quitaron, después de darme un buen porrazo.

Los ojos de Cobina expresaron claramente el asombro que sentía al oír aquellas palabras.

—¿Cómo? ¿Le han atacado?

—Sí.

Kirboe meditó unos segundos. El tipo que le había quitado la llave habría corrido inmediatamente a la estación de autobuses. Ya no llegaría a tiempo... pero valía la pena intentarlo, se dijo.

Cobina le miraba expectantemente.

—Tengo que salir —dijo él—. Dispénsese...

—¿Piensa ir a la estación de autobuses?

—Desde luego.

—Me gustaría acompañarle, señor Kirboe.

—¿Por qué? Usted ya ha cumplido con el encargo que le dio Gussie.

—Era mi mejor amiga —declaró Cobina sin pestañear—. Aunque sobre este asunto no fue nunca demasiado explícita, me dijo lo suficiente para enterarme de que su hermano Ben andaba metido en negocios nada limpios. Gussie ha muerto por ayudar a su hermano, pero ella era una chica decente, puedo asegurárselo.

Kirboe dulcificó su gesto.

—Está bien, no puedo negarme a su petición —contestó—. ¿Le importa aguardar unos minutos, mientras me cambio de ropa? Póngase cómoda, se lo ruego.

—Gracias.

En aquel instante, llamaron a la puerta.

Kirboe cruzó la estancia, pero ahora atisbo a través de la mirilla. Lo que vio al otro lado no le gustó en absoluto.

—Escóndase —dijo en voz baja, pero con perentoriedad—. No se olvide el bolso.

Cobina reaccionó prestamente y echó a correr hacia el interior de la casa, en el momento en que sonaba el timbre por segunda vez. Cuando estuvo seguro de que los visitantes no verían a la muchacha, Kirboe abrió.

Un puño, que parecía una maza medieval de guerra, buscó su mandíbula. Kirboe, prevenido, golpeó la muñeca del sujeto con el canto de su mano.

Crujió un hueso. Otro hombre cargó contra el investigador.

Kirboe dio un paso lateral. Cuando el sujeto pasaba por su lado, le quitó el sombrero con una mano. La otra agarró un mechón de cabello. Kirboe dio un tirón con todas sus fuerzas.

Se oyó un rugido de dolor. Kirboe golpeó ahora con las dos manos de canto, bajo las orejas. El atacante se llevó las suyas a los lugares afectados, mientras gorgoteaba de un modo horrible. Kirboe levantó el pie derecho y lo dirigió, implacable, contra la ingle de su adversario.

El otro empezaba a recobrarse. Kirboe le tiró un directo a la

punta de la nariz, que crujió como una manzana aplastada de un taconazo. El dolor se hizo insufrible para el sujeto y sus ojos dejaron de ver, hirviendo en lágrimas. Kirboe remató su labor con una izquierda al estómago, seguida de un golpe con el canto de la mano a la nuca del individuo.

Detrás de él, sonó un silbido. Kirboe se volvió.

Asomada a la puerta de comunicación con el interior de la casa, Cobina le miraba pasmada.

—Es usted un ciclón —dijo.

—Me defiendo —contestó Kirboe modestamente.

Los dos intrusos yacían en el suelo, sin sentido. Kirboe se acercó a la ventana y miró hacia la calle.

Parado frente a la casa había un coche grande, negro. Kirboe movió la cabeza.

—Salga y aguardeme en el corredor —ordenó.

Ella corrió de puntillas, como si temiese despertar a los dos hampones. Kirboe fue a su habitación y se puso rápidamente la chaqueta y los zapatos.

Regresó a la sala. Levantó el teléfono y marcó un número.

—¿Policía? Hay ladrones en mi casa, número cuatrocientos dos, 3E, calle Bayder...

El teléfono volvió a su sitio rápidamente. Kirboe se encaminó hacia la salida.

Una vez en el corredor, se apoderó del brazo de la chica.

—Usted aguardará en el vestíbulo, hasta que yo le haga una seña de que puede salir a la calle. Pórtese con naturalidad, como si fuese una residente de este edificio, ¿entendido?

—Desde luego.

Mientras bajaban en el ascensor, Kirboe sacó del bolsillo superior unas gafas de color y una cajita plana. Al abrirla, Cobina, enormemente asombrada, vio un gran bigote postizo.

—Está usted irreconocible —dijo, cuando él hubo terminado su transformación—. ¿Por qué lo hace?

—Los tipos que han venido a mi casa, sabían quién era yo. Hay un tercero en la calle y probablemente me conoce también.

—Ya entiendo. ¿Quiénes son?

—Matones profesionales —respondió Kirboe escuetamente.

El ascensor se detuvo. Kirboe empujó a la muchacha.

—Recuerde lo que le he dicho.

—Sí.

Kirboe salió a la calle tranquilamente. El chófer del coche grande y negro le dirigió una mirada distraída. Kirboe caminó hacia la acera, como si fuese a cruzar la calle por detrás del vehículo. De pronto, se agachó junto a la rueda trasera.

El neumático empezó a perder aire suavemente. Kirboe repitió la operación con la rueda del otro lado. Luego cruzó la calle con aire completamente natural, justo en el momento en que se escuchaba el alarido de una sirena policial que se acercaba al lugar a toda velocidad.

El conductor del coche negro puso el motor en marcha. Desde el otro lado de la calle, Kirboe agitó la mano brevemente. Cobina se hizo visible fuera del edificio.

El coche negro rodó unos cuantos metros, antes de que su conductor se diera cuenta de que tenía dos ruedas sin aire. En el mismo instante, el auto de patrulla se detenía junto a la acera.

Acariciándose el falso bigote, Kirboe sonrió mefistofélicamente. El hampón se había apeado y contemplaba con aire de desesperación las dos ruedas deshinchadas. Ello le había hecho perder la atención que tenía centrada sobre la puerta del edificio.

Cobina se reunió con Kirboe.

—Además de ciclónico, es genial —dijo, con ojos muy brillantes.

—Bueno, no quería que la vieran salir de mi casa. A él no le harán nada, pero los dos que están allá arriba, tendrán que dar muchas explicaciones a la policía.

—Usted también, ¿no?

—¿Yo? No estaba en casa —contestó él con toda frescura—. ¿Tiene coche? No quiero entrar ahora en el estacionamiento subterráneo para tomar el mío.

—Lo dejé en la esquina. ¿Adónde vamos?

—A la Central Bus Station. ¿Sabe dónde está?

—Sí, lo sé.

Cobina paró el coche frente al enorme edificio de la estación de autobuses y puso las manos sobre el volante.

—Este trasto marcha cada día peor —se quejó—. ¿No ha oído el ruido que hacía el motor?

—Haga que le echen un parche al colector, eso es todo.

Cobina se apeó.

—El capricho de tener automóvil —dijo, a la vez que cerraba de un portazo—. Cuando lo compré, me pareció una ganga.

—A mí me parece un milagro que ande —rió Kirboe—. ¿Vamos? Empezaron a cruzar la calle.

—Creo que perdemos el tiempo —dijo Cobina—. ¿No ha dicho usted que le quitaron la llave del armario?

—Sí, y todavía tengo el bulto en la cabeza.

—Entonces, no sé por qué venimos a la estación. Me imagino que Gussie mandó hacer un duplicado de la llave, pero si el otro llegó antes, ¿qué va a encontrar usted?

Kirboe sonreía de un modo extraño.

—No se preocupe, pronto lo sabrá —repuso.

Entraron en el edificio y sortearon a la gente que iba y venía de todas partes. Kirboe condujo a la muchacha hasta el lugar donde se alineaban varios cientos de armarios metálicos.

—Vamos a ver —dijo.

Sacó la llave del bolsillo, miró el número escrito en el cartoncito que hacía de llavero y luego buscó por los cajones. Al fin, lanzó una alegre exclamación:

—¡Ah, aquí es!

Alargó la mano e insertó la llave en la cerradura. Sin embargo, antes de que pudiera hacerla girar, sonó una voz de tonos suaves a su derecha:

—Kirboe, deje la llave y márchese.

CAPÍTULO III

Cobina oyó aquella voz y contuvo difícilmente un gemido de susto. Al lado de Kirboe se veía a un sujeto menudo, elegantemente vestido, con traje oscuro a rayas blancas, cuya mano derecha estaba metida en el bolsillo de la chaqueta. El rostro del sujeto era muy blanco, casi cadavérico y, al sonreír, enseñaba unos horribles dientes equinos, que le conferían una expresión verdaderamente repulsiva.

—La pistola que tengo en el bolsillo es muy pequeña, pero mata lo mismo que las grandes —añadió el sujeto.

—Muy bien, Bronco, muy bien; puesto que te pones en ese plan...

—Gracias, Kirboe. Ah, y no vuelva a llamarme más de ese modo. Mi nombre es Delley Parks, ¿entendido?

—Delley, con la cara que tienes, ¿quién no te llamaría Bronco? —rió Kirboe—. Cuidado, no organices un escándalo aquí; no le gustaría a tu jefe.

Parks contuvo una interjección. Kirboe dio media vuelta.

—Te enviaré un regalito —dijo por encima del hombro.

Miró a la muchacha y le hizo una leve seña. Cobina comprendió que debía pasar por una visitante accidental y simuló no reconocerle. Kirboe continuó andando, hasta detenerse pocos pasos más adelante, junto a una máquina expendedora de bebidas. Cobina se le acercó disimuladamente.

—¿Y ahora? —preguntó a media voz.

—¿Recuerda que nos detuvimos en el trayecto para hacer una visita a un amigo?

—La hizo usted. Yo me quedé en el coche...

—Espere un momento y verá. Mire con disimulo.

Kirboe había sacado un vaso de papel con café. En aquel momento, Delley Parks abrió el armario.

—Hay una maleta —dijo Cobina.

—Si —admitió Kirboe con voz neutra.

Parks alargó la mano. Bruscamente, un paraguas cayó sobre su cabeza.

—¡Ladrón! —gritó desaforadamente una mujer de mediana edad —. ¡Socorro, me roban! ¡Guardias, guardias!

La mujer gritaba sin dejar de dar paraguazos a Parks, quien se defendía cómo podía. Dos vigilantes de la estación acudieron de inmediato. Ella acusó a Parks y enseñó su llave, como prueba de que cuánto decía era cierto. Parks lo negaba a voz en cuello, pero los guardias, sin hacerle el menor caso, se lo llevaron a rastras hasta la oficina del director. La mujer seguía detrás, con la maleta a cuestas y el paraguas, vomitando mil dicterios contra la juventud disipada y enemiga del trabajo y de la vida honrada.

Cobina se desternillaba de risa.

—Pero ¿cómo...? —preguntó.

Kirboe lanzó el vaso a la papelera.

—Ese amigo a quién visité en el camino me hizo una llave falsa y estampó en ella el mismo número que la que le dio Gussie Tucson. La llave auténtica está aquí.

Atónita, Cobina vio el brillante trozo de metal que subía y bajaba en el aire.

—No entiendo —dijo—. ¿Cómo lo adivinó?

—No lo adiviné, me previne para una eventualidad semejante —aclaró el investigador—. ¿Para qué tenían que venir dos hampones a mi casa, si no era porque tal vez la llave que me quitaron no era la auténtica?

Cobina se puso las dos manos en la cabeza.

—Creo que voy a volverme —loca— manifestó.

—Nada de eso; es bien sencillo —sonrió Kirboe—. Alguien vino a la estación y abrió un armario con la llave que me habían quitado. Pero el armario estaba vacío, seguramente, porque hubo un tiempo en que Tucson recelaba de ser vigilado. Hizo creer que dejaba algo en ese armario, cuando, en realidad, lo que sea fue a parar a otro.

La llave saltó de nuevo en el aire.

—¿Vamos a verlo? —dijo él.

—Estoy muerta de curiosidad —confesó la muchacha.

—Entonces, la satisfaremos inmediatamente.

De pronto, ella se detuvo y le asió por un brazo.

—Señor Kirboe...

—Ethan, se lo ruego, Cobina.

—Bien, Ethan, ¿cómo sabía usted que la llave que le hizo su amigo abriría un armario que no era el suyo?

Kirboe lanzó una risita.

—Esa llave abriría «todos» los armarios —contestó.

—¡Oh! —exclamó ella—. Pero eso... es ilegal...

—Es lo que le van a decir a Bronco.

Cobina se sentía estupefacta. Nada de lo que había visto hasta entonces podía compararse a lo que le sucedía en aquellos momentos. Casi como en sueños, acompañó a Kirboe y le vio abrir el armario correspondiente a la llave.

—Bien, aquí tenemos... la cosa —dijo él.

Era un paquete de forma oblonga, del tamaño de una caja de habanos, aunque algo más grueso, envuelto cuidadosamente en papel recio y muy bien atado con una delgada cinta de color rojo vivo.

—Ábralo, Ethan —pidió Cobina.

—¿Aquí? Ni lo sueñe, muchacha.

—Pero yo estoy muerta de curiosidad...

—Un poco de paciencia —dijo él—. Esto pesa bastante, y habrá, seguramente, algún metal valioso. También puede que haya documentos comprometedores, por lo que lo mejor es abrirlo en un sitio donde nadie nos vea y con toda tranquilidad.

—Buscaremos un café...

—Nada de lugares públicos. ¿Dónde vive usted?

—En la calle Epperton... Oiga, ¿es que piensa entrar en mi apartamento?

—¿Acaso me toma por un tipo lascivo, ansioso de seducir a todas las mujeres con quienes se encuentra a solas?

Cobina enrojeció.

—Espero que se porte como un caballero —dijo.

—Derribaré una puerta y usted podrá usarla como parapeto, si ve que intento ofender su virtud.

—Ethan, me gustaría saber si habla alguna vez en serio —exclamó Cobina, sonriendo.

—Sí, es cierto, alguna vez hablo en serio —repuso él, mientras

rompía la marcha hacia la salida.

—¿Cuándo, por favor?

—Cuando me emborracho. Entonces, digo siempre la verdad. *In vino véritas*. ¿Sabe lo que quiere decir?

—Conozco a los clásicos —respondió ella, amoscada.

—Es usted una mujer culta, no cabe duda.

—Hice tres cursos de filosofía. Ahí se aprende latín.

—No cabe la menor duda.

Ya estaban en la gran puerta de la estación. Kirboe había guardado hacía rato las gafas y el bigote, mucho antes de que le sorprendiera Delley Parks, seguro de que ya no necesitaba disfraz.

Estaba equivocado. Un hombre, que sostenía un diario con ambas manos, le cerró el paso inesperadamente.

—Kirboe, este periódico tapa una pistola —dijo en voz baja, pero perfectamente inteligible—. Dele ese paquete a mí amigo.

Las facciones del joven se contrajeron bruscamente. Conocía de vista a los dos sujetos.

En la acera, parado junto al borde, había un gran automóvil. En el asiento posterior, un individuo, elegantemente vestido, con las manos enguantadas apoyadas en un bastón, le miraba con una sonrisa de triunfo.

—El gran Walter Haggerty —dijo.

—Sí. El mismo —contestó el hombre del periódico.

Kirboe entregó la caja.

—No me queda otro remedio que obedecer órdenes —manifestó.

—Gracias.

Los dos pistoleros caminaron hacia el coche. Uno de ellos entregó la caja a Haggerty, quien dejó el bastón a un lado para dedicarse a romper la envoltura. Cobina vio la acción de Haggerty y casi se echó a llorar.

—Ahora se llevan... lo que dejó el hermano de Gussie...

El coche arrancó, con sus cuatro ocupantes a bordo. Se separó de la acera, recorrió veinticinco metros y, de súbito, el techo voló por los aires, después de una vivísima llamarada, acompañada de una espantosa detonación.

Dos cuerpos humanos fueron proyectados fuera de las ruinas del automóvil, horriblemente destrozados. La gasolina se inflamó en el acto y envolvió a los dos hombres que yacían en el asiento anterior.

Los coches que circulaban por la amplia avenida se desviaron bruscamente. Hubo varias estruendosas colisiones. Dos se subieron a la acera. Un tercero arremetió contra una boca de incendios. Una enorme columna de agua subió a lo alto instantáneamente.

El lugar era un caos. La gente corría de un lado para otro, chillando frenéticamente, sin saber qué hacer. Kirboe, pese a su serenidad habitual, tenía la boca abierta de par en par. A su lado, Cobina temblaba como hoja sacudida por el vendaval.

—Dios mío —gimió—. Ethan, ¿qué ha pasado aquí?

Kirboe creyó adivinar la verdad.

—Tucson debía de saberse condenado a muerte y quiso dejar un «regalito» para sus asesinos —contestó—. En resumidas cuentas, lo que vulgarmente se llama un paquete-bomba.

—Una... bomba...

—Sí, al abrir la envoltura se liberó un muelle, se disparó una espoleta... y estalló algo así como un kilo de dinamita. ¿Qué le parece, Cobina? Usted, empeñada en abrir el paquete aquí, en la misma estación, ¿se da cuenta de lo que nos habría pasado si hubiera seguido su consejo? ¿Eh, qué me dice?

De pronto, Kirboe se dio cuenta de que la muchacha no estaba a su lado.

—¡Eh, Cobina! ¿Dónde está usted?

Kirboe volvió la cabeza. Entonces, vio a Cobina en el suelo, cuan larga era. Por fortuna, la muchacha había caído sobre un parterre de flores, con abundancia de hierba.

Kirboe sonrió.

—Pobrecilla, no ha podido soportarlo —comentó para sí.

Las sirenas sonaban por todas partes. Kirboe lanzó un profundo suspiro y se dedicó a procurar que Cobina se recobrara de su desmayo.

El teléfono sonó bruscamente. Kirboe tenía ante sí unos cuantos periódicos, en cuyas primeras páginas, con escandalosos titulares, se relataba el suceso de la víspera. La mayor parte de las informaciones coincidían en un «ajuste de cuentas».

—Sí, la venganza de un muerto —murmuró el investigador, mientras alzaba el teléfono—. Kirboe —exclamó.

—Celebro oírle —dijo una voz melodiosa—. Pero celebraré mucho más verle personalmente, señor Kirboe. Soy Helen Haggerty.

—¡Haggerty! La esposa de...

—Ahora, afortunadamente, viuda.

—¡Caramba, señora!

La mujer se echó a reír.

—No se escandalice, amigo mío —dijo—. Hace más de un año que estábamos separados. El difunto Walter era un tipo inaguantable y... Bueno, no estábamos divorciados, porque él no quería aceptar mis condiciones. ¿Comprende?

—Sí, señora.

—Resido en el 1200 de la avenida Westbury. Mi mayordomo, Quentin, estará advertido. Yo no pienso salir de casa en todo el día. Gracias por aceptar mi invitación, señor Kirboe.

El tono de la mujer era suave, pero enérgico al mismo tiempo. Ordenaba y era preciso obedecer.

—No hay de qué, señora —dijo el investigador—. Sin embargo, me gustaría hacerle una pregunta personal.

—¿Sí?

—¿Por qué se separaron ustedes?

—Fui yo quien se separó. No es que sea una viejecita canosa, que debe apoyarse en un bastón con puño de marfil para caminar, pero tampoco estoy tan mal para que los hombres no me miren dos veces. Sin embargo, parece ser que no podía resistir la competencia con una que tiene diez años menos que yo.

—La comprendo perfectamente, señora. Si no tiene inconveniente, iré a las seis de la tarde.

—De acuerdo. Muchas gracias otra vez.

—A usted, señora —respondió Kirboe, con el frasco de la cortesía completamente abierto.

El teléfono sonó de nuevo, apenas lo había colgado.

—Soy Cobina.

—Ah, hola, muchacha —sonrió Kirboe—. ¿Cómo se encuentra?

—He pasado una noche fatal —declaró ella sin rodeos.

—Me lo imagino. Pero ya se le pasará.

—Así lo espero. Si estuviésemos en otro país, tendría que convertirme en su esclava. Le debo la vida.

—No sea exagerada —rió Kirboe—. Ciertamente, yo no sospechaba ni de lejos que el paquete fuese un explosivo, pero aquél no era el sitio más adecuado para examinarlo con toda tranquilidad.

—Sí, ahora veo que tiene toda la razón —suspiró Cobina—. Pero hay algo que no acaba de entrarme en la cabeza.

—¿El sombrero?

—No se haga el gracioso. Ben Tucson dejó una llave y se la quitaron a usted. Su hermana me entregó otra y ésta es la que sí abría un armario que contenía algo. ¿Por qué obró de manera, en apariencia, tan disparatada?

—Me parece que ya se lo he dicho: se sentía vigilado.

Por qué, lo ignoro, pero es indudable que Tucson sabía algo muy gordo.

—Y, ¿cómo sabe usted que lo sabía?

—Cobina, Ben era un tipo que se dedicaba a comprar y vender informaciones de toda clase. Estaba introducido en ciertos círculos, lo que no se puede decir de muchos de sus confidentes. Este negocio le permitía enterarse de cosas indiscretas, con lo que así podía sacar dinero a algunas personas.

—Chantajista, ¿eh?

—Sí, pero, a su modo, honrado. Los chantajistas comunes, una vez que han apresado a su víctima, no la sueltan hasta dejarla exprimida como un limón. Ben se contentaba con la primera remesa.

—En cierto modo, se diría que era un mercader de chismorreos.

—Cobina, los chismorreos suelen tener siempre un fondo de verdad, pero no son toda la verdad. Lo que Tucson conseguía sí era la verdad.

—Y usted lo tenía a sueldo...

—Digamos que nos hacíamos favores recíprocamente.

—¡Caramba! —resopló la muchacha—. Usted es un investigador privado. Se supone que no debe traicionar la confianza que depositan sus clientes... ¿Ha oído hablar del secreto profesional?

—Jovencita, jamás he traicionado a un cliente. Pero a veces, yo también oía cosas que podían interesarle a Tucson. Cuando le necesitaba, iba a verle. Es lo que se llama intercambio de información, aunque jamás le dije una sola palabra de cuánto me hubiera confiado un cliente. Al contrario, muchas veces, era Ben el que me ayudaba a resolver algún caso con sus confidencias.

—¿Para qué fue a verle la última vez?

—Una dama voluble y casquivana, pero tan abundante de dinero

y carnes, como escasa de sustancia gris cometió la debilidad de dejar un valioso collar de brillantes a un muchacho a quién creía de su confianza. El collar se ha evaporado y la dama voluble tiene en su lugar uno idéntico, pero tan falso como un billete hecho con papel de envolver.

—Y Ben podía saber algo al respecto...

—Quizá.

—¿Sigue buscando el collar?

—Vale algo así como ciento cincuenta mil y la dama voluble, quien, lógicamente, no quiere se entere su marido, me ha prometido el diez por ciento si lo recupera.

—¡Quince mil dólares, qué maravilla! —exclamó Cobina—. Me dan ganas de pedirle un empleo.

—¡Aceptada!

—¿Cómo?

—Digo que la acepto como secretaria y ayudante. Tendrá el diez por ciento de ese diez por ciento que espero cobrar. ¿Le parece bien?

—Hoy mismo me despido de mi empleo. ¿Por dónde empiezo?

Kirboe se echó a reír.

—Aguarde a la tarde. Tengo que hacer una entrevista. Después le daré instrucciones. ¿Sabe disfrazarse?

—Hombre...

—Cómprese una peluca rubia, unos zapatos de tacón muy alto y un vestido detonante, si no lo tiene ya. Gastos por cuenta de la casa.

—De acuerdo.

—Ah, y también una boquilla larga. No olvide incluir una ración extraordinaria de maquillaje.

—Tengo la impresión de que quiere verme con el aspecto de una...

—Sí, eso exactamente.

—Sólo la apariencia, no los hechos, Ethan, se lo advierto.

—¿Quién podría pensar lo contrario?

Kirboe volvió el teléfono a la horquilla y sacó un cigarrillo, que encendió pensativamente. Mientras aspiraba las primeras bocanadas de humo, vio un papel que se deslizaba por debajo de la puerta.

CAPÍTULO IV

Mientras aguardaba junto a la recia verja de hierro que permitía el acceso a la propiedad, Kirboe recordó mentalmente el contenido de la nota que había recibido aquella mañana por debajo de la puerta. En vano había sido el esfuerzo de correr tras el mensajero; debía de ser un tipo muy rápido, porque había desaparecido antes de que él saliera al corredor.

La nota decía:

«Te hemos avisado una vez. Deja este asunto o acabarás como tu amigo Ben Tucson».

—Debieran haber añadido «y su hermana» —gruñó Kirboe, tras apretar el botón de llamada.

A través de un altavoz empotrado en el recio muro de mampostería, se oyó una voz. Kirboe contestó dando su nombre. La verja se abrió por sí sola y se cerró del mismo modo, cuando él hubo traspasado el umbral.

Un poco más adelante, se volvió y contempló la interminable hilera de agudas puntas de hierro que coronaban la tapia. Eran hojas de lanza, de más de cuarenta centímetros, muy juntas y escaqueadas, de modo que el acceso sin permiso resultaba imposible.

—Un buen aviso para los ladrones —murmuró.

Avanzó a lo largo del enarenado sendero central. El césped abundaba por todas partes y en los parterres y macizos de flores se advertía la mano de un experto jardinero. «No es una mendiga, precisamente», pensó Kirboe respecto de la dueña de la posesión.

Un hombre, correctamente vestido, aunque con ropas livianas, debido a la excelente temperatura reinante, salió a su encuentro cuando ya tenía la mansión a la vista.

—Señor Kirboe, soy Quentin, mayordomo de la señora Haggerty. Ella le espera en la parte posterior del jardín. Tenga la bondad de seguirme.

—Gracias, Quentin.

El imperturbable mayordomo rodeó la casa y se detuvo al llegar a la esquina del otro lado.

—Allí, señor.

Kirboe avanzó hacia la enorme piscina, junto a la cual se veían algunas sombrillas y muebles de jardín. Sobre un colchón flotante, una mujer tomaba el sol perezosamente en el centro de la piscina. Kirboe apreció que la señora Haggerty llevaba puesta solamente la mitad del traje de baño.

Al llegar al borde, tosió discretamente.

—Ejem...

Helen Haggerty alzó un poco la cabeza y sonrió.

—Kirboe —dijo.

—El nombre es Ethan, señora.

—Es usted tal como me lo había imaginado, Ethan. Alto, fuerte, simpático, audaz, inteligente y de gran éxito con las mujeres.

—En esa relación de mis virtudes, olvida usted una, señora: también soy el preferido de mi mamá.

Helen rió suavemente. Movié los brazos y el colchón empezó a desplazarse hacia la orilla.

—Voy a darle a ganar cincuenta mil dólares, Ethan —dijo inesperadamente.

Kirboe vio una mesita con servicio de licores y empezó a preparar dos vasos altos.

—¿A quién tengo que matar, señora? —preguntó, sin mirar hacia atrás.

—Nunca he ordenado un asesinato, y no voy a cambiar a estas alturas —respondió ella—. Sólo quiero que busque a Evelyn Dunn y le quite un paquete que mi afortunadamente difunto esposo le entregó hace algunos meses.

—¿Quién es Evelyn Dunn?

—Dramáticamente hablando, la mujer que me arrebató al hombre de mi vida. En otro sentido, diré que es la puta que me libró de un engorro.

Helen estaba ya junto a la mesa, sosteniendo con ambas manos

la parte superior de su traje de baño.

—Es usted muy clara hablando —dijo él, mientras le entregaba un vaso con *whisky* y hielo.

—¿Para qué andarnos con rodeos? Evelyn es lo que es, de modo que no voy a emplear metáforas para calificarla. Tráigame ese paquete y tendrá los cincuenta mil.

—¿Dónde está Evelyn?

—Si lo supiera, no le habría llamado a usted, Ethan.

Ahora, Helen se cubría el pecho con la mano y el antebrazo, mientras que con la otra mano, erguida junto al visitante, sostenía el vaso. «Una mujer endiabladamente atractiva. Treinta y cinco años, una apetitosa silueta y más experta que ninguna», pensó Kirboe.

—Al menos, sabrá dónde vivía últimamente —dijo.

—Sí. Haxton Road, 812. Pero ya no está.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Llamé hace dos días. No me contestó nadie. Pregunté al administrador y me dijo que Evelyn se había marchado, sin dejar nuevo domicilio.

—¿Puedo saber qué contenía ese paquete, señora?

—Diez mil billetes de cien dólares.

Kirboe tomó medio vaso de golpe.

—Un millón.

—Exacto.

—¿Cómo sabe usted que su difunto esposo le entregó ese paquete a Evelyn Dunn?

—El dinero era... es mío. Cuando me casé con Walter hace catorce años, yo ya era rica. Nunca, sin embargo pude imaginarme que era la esposa de un *gángster*. Lo crea o no, hasta hace muy poco no lo supe.

—¿Tenía usted el dinero en su casa?

—Sí.

—¿Se lo robó Walter?

—Sí.

—La propiedad es muy segura, señora Haggerty.

—Walter quería tener una entrevista conmigo, acerca de nuestra situación matrimonial. Vino el día en que yo estaba sola con una doncella, ya que el resto de la servidumbre tenía su día de fiesta.

Nos narcotizó a ambas.

—Así, se comprende. ¿Para qué quería usted tanto dinero en su casa?

Helen sonrió de un modo especial.

—Esa respuesta no está incluida en el trato, Ethan —repuso. De repente, se sentó en una butaca de jardín, con asiento y respaldo acolchados en rojo vivo—. ¿Acepta?

—Le diré lo que siempre digo a mis clientes: Haré lo que pueda.

—Recuerde, son cincuenta mil.

—Estoy empeñado en otro caso, también de cierta importancia. Sin embargo, creo que podré simultanearlos.

—Dedíquese al mío solamente...

—No. Acepto el caso, pero no dejaré el otro. Si no fuese capaz de actuar así, ya habría rechazado su oferta.

—Está bien, como guste.

—Señora Haggerty, deseo hacerle dos preguntas —manifestó el visitante.

—¿Sí?

—Primera pregunta: ayer murió su esposo. A pesar de todo, usted está aquí...

—Esta mañana se celebró el funeral. Asistí y me volví a casa. ¿Qué más?

Kirboe miró críticamente a la hermosa mujer que tenía ante sí.

—¿Cómo fue capaz su marido de dejarla por otra?

Helen rió tenuemente. La parte superior del traje de baño resbaló hasta el regazo.

—Hay hombres que no saben apreciar lo propio y buscan la fruta ajena —contestó, sin que pareciera importarle en absoluto el hecho de hallarse cubierta solamente con un brevísimo triángulo de tela blanca.

—Indudablemente... en este mundo nunca faltan los tontos —sonrió Kirboe—. Señora, ¿puedo usar su teléfono? Necesito hacer una llamada urgente...

—Ahí tiene el timbre para que acuda el mayordomo —indicó ella, con la mano extendida hacia la mesa próxima.

Cuando Quentin llegó con el teléfono en la mano, Helen se había puesto ya el sujetador del traje de baño. Kirboe salió al encuentro del mayordomo y se apodó del teléfono, conectado a un cable

extensible, lo suficientemente largo como para situarse en un punto donde nadie pudiera escucharle.

Instantes después, oyó la voz de Cobina.

—Soy Ethan —dijo—. ¿Está lista?

—Por completo. Si me viera ahora, no me reconocería —contestó ella alegremente.

—Lo celebro. Cobina, métase esto bien en la cabeza tiene que ir al Teddy's, Halfway, 67. Procure desempeñar bien su papel, pero no admita «clientes».

—¿Qué cosas tiene! ¿Me cree capaz de hacer algo semejante?

—Mujer, sólo quería ponerla sobre aviso... Bien, en el Teddy's debe encontrarse con Art Hutchins, alias *El Cuervo*. Es un individuo bajito, de nariz ganchuda y boca levemente torcida. Díglele mi nombre y escuche atentamente sus informes.

—¿Eso es todo? —preguntó Cobina, decepcionada.

—Antes de las nueve estará lista. Vaya a mi casa.

Kirboe colgó el teléfono y lo dejó sobre una mesita. Luego se volvió hacia la dueña de la casa.

—Muchas gracias, señora.

Helen agitó blandamente una mano.

—Confío en usted —declaró.

Kirboe hizo una ligera inclinación de cabeza y se en camino en busca de la salida. Sería curioso, se dijo, conocer los motivos por los cuales aquella hermosa mujer guardaba en casa nada menos que diez mil billetes de a cien dólares.

Sentada en un alto taburete, con la boquilla entre los dientes. Cobina dejaba pasar el tiempo aburridamente, mientras fingía lo que no era. Algunos de los habituales de la taberna se le habían acercado, tratando de entablar relación con ella. Cobina se había mostrado amable e ingeniosa, pero a todas las proposiciones había contestado negativamente.

«Menudo papel estoy haciendo. Si me viera mi jefe...». Cobina pensaba en Barton Lonsdale, el seco y puritano director de la Lonsdale Inc. Import-Export, una importante compañía de transportes, en la que ella estaba empleada, junto con la hermana de Ben Tucson.

Claro que ya no le importaba nada que la viera. En primer lugar,

se consideraba despedida y, por otra parte, el Teddy's era el último lugar de la tierra donde Lonsdale pondría los pies.

Un hombre entró en la taberna. Era alto, un tanto estirado y de ojos saltones. Vestía ropas oscuras y usaba una camisa negra, sin corbata. Pendiente del labio inferior llevaba la colilla de un cigarrillo.

Cobina se quedó sin respiración. Estaba pensando en Barton Lonsdale y, de súbito, el directivo seco y puritano aparecía en aquel lugar, vestido como un rufián cualquiera. «Dios mío, cómo está el mundo», pensó inevitablemente.

Por fortuna, Cobina sabía que su disfraz la protegía adecuadamente. Lonsdale se acercó al mostrador y habló brevemente con el barman. Éste movió la cabeza hacia una puerta situada a pocos pasos de distancia. Con el rabillo del ojo, Cobina vio a Lonsdale desaparecer por aquella puerta.

Transcurrieron cinco minutos. Lonsdale salió, agitó una mano en dirección al barman y se alejó hacia la puerta de la calle. Cobina, muerta de curiosidad, llamó al mozo.

—¡Qué quieres, guapa!

—Una pregunta... Ese tipo que acaba de salir, me pareció conocido. Había un hombre en mi pueblo que era igual a él. Se llamaba Pete Hanson...

—Estás equivocada. El que ha salido es Benny Lomax. ¿Quieres algo más?

«La profesión de detective privado es fascinante. Hay que ver las cosas de que se entera una. Barton Lonsdale, Benny Lomax, las mismas iniciales... ¿Qué trapicheos se llevó Lonsdale entre manos?», pensó.

—Bueno, la verdad es que quería hablar con Art Hutchins —dijo, con su mejor sonrisa.

El pulgar del barman señaló hacia la puerta lateral.

—Está en el número dos —dijo.

Cobina se apeó del taburete.

—Gracias. —Dejó dos dólares sobre el mostrador y avanzó hacia el lugar indicado.

La puerta del reservado número dos estaba cerrada. Cobina la abrió suavemente. En el interior del cuarto había un hombre que parecía dormir, apoyado sobre los brazos situados sobre la mesa.

—Art —llamó suavemente.

Hutchins no contestó. Cobina dio un par de pasos.

—Art —elevó la voz.

El Cuervo seguía durmiendo. Entonces, Cobina le sacudió por el hombro.

—Vamos, Art, despierte...

El supuesto durmiente se deslizó a un lado y quedó boca arriba, con los ojos horriblemente fijos en el techo. Cobina chilló.

Fue un grito instintivo, motivado por la vista del cuchillo que Hutchins tenía clavado hasta la empuñadura en el centro de su pecho.

CAPÍTULO V

A las ocho de la tarde, Kirboe detuvo su coche frente a, Golden *Flash*, un local de lujo en el que hacía algún tiempo no había puesto los pies. El motivo de su acercamiento a la sala de fiestas se debía a los informes adquiridos por el conserje de la casa donde, hasta dos días antes, había residido Evelyn Dunn.

Entró en el local. Una cantante, escasamente vestida, se movía con epilépticas contorsiones. El cuerpo era atractivo, pero la voz parecía el sonido de una bisagra oxidada, se dijo el investigador.

La concurrencia no era demasiada a aquellas horas. Kirboe sabía que el Golden *Flash* no se animaba hasta bien entrada la noche. Tranquilamente, se acercó a la barra y tomó asiento en un alto taburete.

Un barman se le acercó, servicial. Kirboe pidió un doble de escoces. A los pocos segundos, una chica le pidió fuego.

Tenía unos veinticinco años, el pelo muy negro y su traje era una falda larga, abierta por un costado y con sólo dos pedacitos de tela de tres dedos de ancho para cubrir los senos. Kirboe se felicitó de la ocasión.

—Ando buscando a una chica que trabajó aquí en tiempos —dijo, después de encender el cigarrillo de la espectacular morena—. Tal vez tú la conozcas.

Ella le miró fijamente.

—¿Cómo se llama?

—Evelyn Dunn.

—Yo soy Lavinia Street.

—Encantado. Mi nombre es Kirboe. Ethan Kirboe. Bien, Lavinia, ¿qué me dices de Evelyn?

—No sé nada. Lo siento. ¿No me invitas a una copa?

Kirboe ocultó su decepción tras una sonrisa.

—Pide lo que quieras —repuso.

Lavinia se alejó a un extremo del bar. Kirboe encendió su cigarrillo y tomó otro serbo del *whisky* que había pedido antes.

Levantó una mano. El barman acudió presuroso. Kirboe le entregó dos billetes de cinco dólares.

—Busco a Evelyn Bunn —dijo.

—No sé nada, señor —contestó el hombre. A los pocos instantes, puso un plato delante del joven, con la vuelta exacta del importe de la consumición.

Era todo un detalle. Si el barman sabía algo, no estaba dispuesto a decirlo. Al menos, por una mísera propina. «O tal vez por miedo», pensó él.

Terminó el *whisky*. Cuando ya se disponía a marcharse, alguien le tocó en el hombro.

—Usted busca a Evelyn Dunn.

Kirboe se volvió. El tipo era alto y fornido, de unos treinta y cinco años. Si se le miraba por el perfil derecho, resultaba guapo. La vista del lado izquierdo era menos atractiva, debido a la cicatriz en ángulo que tenía bajo el pómulos. Cada uno de los dos lados del ángulo medía al menos cuatro centímetros. Los ojos eran muy claros, diamantinos, pero, aun así, parecían menos duros que crueles.

—Sí, la busco. Me llamo Kirboe.

—Venga conmigo. Soy Lars Grantland.

Kirboe caminó detrás del individuo, quien le condujo a una habitación a la que se llegaba después de atravesar veinte metros de pasillo amplio y lleno de cajones y trastos. Grantland se detuvo ante la puerta, la abrió y se echó a un lado.

—Entre, señor Kirboe.

El joven dio un paso hacia adelante. La luz de la estancia se hallaba encendida. ¿Por qué?

Saltó bruscamente. Alguien falló un golpe y trastabilló ridículamente, cuando la porra que tenía en la mano se movió en el vacío.

—¡Idiota! —dijo Grantland—. ¡Dale, animal!

El matón recuperó el equilibrio, justo para recibir en la ingle el impacto de un pie, disparado sin piedad, Grantland juró obscenamente.

Otro hombre entró en acción, cargando con la cabeza gacha.

Pero se movía con demasiada torpeza. Kirboe tuvo el tiempo suficiente de agarrar una silla y convertirla en astillas.

Grantland contemplaba atónito la pelea. De pronto, decidió intervenir personalmente. Una pistola apareció en su mano derecha.

—¡Quieto, Kirboe!

En la mano del joven quedaba todavía un palo de la silla. Antes de que Grantland terminase de hablar, el palo golpeó cruelmente su muñeca y el arma voló por los aires. Luego, el mismo palo se hundió en el estómago de Grantland, quien se inclinó hacia adelante, con un gemido de agonía en los labios. Kirboe remató su labor con un fenomenal estacazo dirigido a las posaderas del sujeto, colocado ahora en la posición adecuada para recibir el golpe.

Grantland saltó hacia adelante, tropezó con uno de sus secuaces y cayó al suelo.

—Basta, por todos los diablos —jadeó.

—Amigo —dijo Kirboe calmosamente—, yo había venido aquí en son de paz, pero cuando alguien quiere la guerra, le complazco. ¿Por qué diablos me atacaron sus hombres?

Grantland se sentó en el suelo.

—Usted vino preguntando por Evelyn. Yo quería saber cuál era su interés en ella, eso es todo.

—Podía habérmelo preguntado, especie de idiota —rezongó el joven—. La busco, eso es todo.

—Yo también la busco. Hace meses que no sé nada de ella.

—No me diga...

Grantland se puso en pie dificultosamente.

—Era mi chica —dijo—. De pronto, se evaporó.

—¿Y no ha vuelto a encontrarla?

—No.

—Es usted menos listo de lo que parece. Yo sé dónde vivió hasta hace dos días. Pero como ella trabajó aquí hace algún tiempo, pensé que podría adquirir algunos datos.

—Ya le digo que ha desaparecido —insistió Grantland de mal talante—. ¿Por qué la busca?

—Por dinero.

Kirboe se encaminó hacia la puerta.

—¿Investigador privado? —Adivinó Grantland.

—Sí —contestó Kirboe por encima del hombro.

Grantland era sincero, no cabía la menor duda. Pero era también un tipo de cierta especie, un hampón de no demasiada categoría, que creía que algunos asuntos se resolvían solamente por la violencia. Bueno, le había dado una dosis de su propia medicina.

Buscó su coche y abrió la portezuela. Alguien le saludó en el asiento contiguo.

—Hola —dijo Lavinia, sonriendo en la oscuridad.

Kirboe miró fijamente a la chica.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Grantland se me comía con los ojos, y no precisamente por el deseo —rió ella—. El barman es un soplón y oyó que tú preguntabas por Evelyn.

—Ya entiendo. ¿Sabes algo de ella?

—Puedo contarte algunas cosas, pero no aquí, por supuesto.

—Bien, buscaremos algún lugar adecuado...

—Mi apartamento.

—¿Y el precio de los informes?

Lavinia soltó una risita.

—Arranca, Ethan.

La hermosa morena se inclinó y puso una copa delante de su huésped. Lavinia se había cambiado de ropa y ahora vestía una bata cortísima, de mangas orientales.

El color de la prenda era blanco, con orlas lisas de color granate.

—Era una chica ambiciosa —dijo.

—Estoy seguro de que dices la verdad —manifestó Ethan.

Lavinia se sentó en el diván situado frente a la butaca ocupada por el joven y escondió bajo el cuerpo sus bien torneadas piernas.

—De pronto, hace algunos meses, dijo que le había surgido una buena oportunidad y que no debía desaprovecharla. Abandonó el *Golden Flash* y ya no volví a verla hasta hace cosa de dos semanas. Iba en un enorme coche, con chófer.

—Había progresado, ¿eh?

—Bueno, el collar que llevaba puesto valía una millonada. Sin embargo, fue lo suficientemente amable como para invitarme a una copa. Charlamos un rato, aunque no dijo gran cosa, excepto que se iba a pasar una temporada en las Bahamas. —Lavinia frunció el ceño—. Creo que dijo algo así como Port Henlon, pero no estoy

muy segura de ello.

—Eso fue hace dos semanas —dijo Kirboe.

—Sí.

—Hace dos días, Evelyn estaba todavía en su casa...

—Bueno, tal vez retrasó el viaje. Estuvimos hablando un cuarto de hora escasamente.

—Comprendo. Eh, antes has dicho algo de un collar... ¿Lo viste bien?

—Claro —rió Lavinia—. Había un montón de brillantes, pero no me atreví a preguntarle de dónde lo había sacado.

—Un collar de brillantes —murmuró Kirboe, meditabundo—. Lavinia, no sabes qué agradecido estoy a tus informes —añadió.

—Muy bien, pero no lo he hecho gratis —sonrió ella.

Kirboe dejó la copa a un lado y se puso en pie. Metió la mano en el bolsillo, pero cuando ya sacaba un rollo de billetes, Lavinia hizo un gesto.

—No quiero dinero —dijo, a la vez que se ponía en pie y cruzaba el corto espacio que había entre los dos.

Kirboe sonrió también.

—A tu gusto —respondió.

Ella le echó los brazos al cuello. La bata se abrió, entonces...

Dos bocas se confundieron en un beso explosivo. Al cabo de unos segundos, Lavinia miró al joven con ojos muy brillantes.

—Ahora debes llevarme en brazos —dijo—. Yo te indicaré el camino.

Kirboe lanzó una corta carcajada. Lavinia se sintió levantada como si fuese una pluma.

—Eres fuerte —dijo, complacida.

Kirboe echó a andar. De pronto, algo rompió un cristal y tironeó de su manga izquierda.

El joven pareció tropezar, se inclinó hacia adelante y dejó suelta a Lavinia, que rodó sobre la alfombra.

—¡Ethan! ¿Qué ocurre?

—Quieta, no te muevas —dijo él en voz baja—. Sigue dónde estás, si quieres seguir viva.

El color desapareció en el acto del rostro de la joven. Kirboe gateó hacia la ventana. El agujero estrellado que había en uno de los vidrios le dijo claramente el origen del sonido. Luego se miró la

manga izquierda, agujereada muy cerca del hombro.

Lavinia, tendida en el suelo, sin una sola prenda de ropa encima, le contemplaba con ojos llenos de pánico. Al cabo de unos segundos, Kirboe volvió a tenderse en el suelo y reptó hacia la puerta.

—Lo siento, nena —dijo—. Otro día será.

El hombre salió del edificio, con la maleta en la mano derecha. Miró a ambos lados, vio todo normal y caminó apaciblemente hacia su automóvil, estacionado a poca distancia.

Abrió la portezuela del vehículo y lanzó la maleta sobre el asiento situado a la derecha del volante. Luego se sentó, dio el contacto y arrancó.

Apenas se había separado de la acera, sintió en el cuello el contacto de algo frío y duro.

—Conduce hasta el Blackstone Park —ordenó Kirboe.

Él sujeto se estremeció.

—No tengo dinero...

—No me interesa tu dinero ni soy un atracador. Me llamo Kirboe.

—¡Kirboe! Pero usted...

—Tenía que estar muerto, ¿verdad? —rió el investigador—. Temo que disparaste una décima de segundo tarde.

—Lástima. Es la primera vez que fallo.

—¿Cuánto te han pagado por mí cabellera?

—Secreto profesional.

—Entonces, tampoco querrás decirme quién ordenó mi muerte.

—A decir verdad, no puedo decirlo, porque no lo sé.

—¿Cómo?

—Un amigo me llamó por teléfono, eso es todo.

Kirboe reflexionó rápidamente.

—Apostaría algo a que es una sociedad —dijo.

El asesino guardó silencio. Kirboe supo así que había adivinado la verdad. Se trataba de una asociación dedicada a matar gente por dinero.

—Muy bien, ya me dirás el nombre de ese amigo. Y el tuyo, claro —exclamó, un segundo más tarde.

—Mi nombre no le dirá nada. Soy Garson O'Hull. Pero no le diré el nombre del otro.

—Sigue hasta Blackstone Park. Allí veremos si habla o no.

—Pierde el tiempo, Kirboe.

O'Hull, pensó el joven, era un tipo duro de pelar. Pero él conocía la forma de desatar lenguas recalcitrantes.

De súbito, O'Hull pisó el acelerador a fondo, al mismo tiempo que viraba en ángulo recto. Sorprendido, Kirboe fue lanzado hacia el lado opuesto al viraje y cavó al fondo del vehículo.

El asesino frenó en muy pocos metros. Abrió la portezuela, saltó al suelo y corrió unos pasos. Luego, de pronto, se volvió con una pistola en la mano.

El arma tenía un silenciador. Kirboe, que ya se incorporaba, vio la acción del sujeto y se agachó rápidamente. Algo golpeó la carrocería del coche repetidas veces.

Al cabo de unos segundos, Kirboe, con grandes precauciones, se arriesgó a mirar por encima del borde de la ventanilla.

O'Hull había desaparecido. Kirboe lanzó un suspiro de resignación.

—En este mundo, no se puede conseguir todo lo que uno quiere —dijo a media voz.

Luego insultó mentalmente a O'Hull. Le había estropeado la noche.

Al cabo de un rato, emprendió el regreso a su casa.

CAPÍTULO VI

Cuando abrió la puerta, oyó un chillido:

—¡Ethan! ¿Dónde se ha metido hasta ahora?

Kirboe parpadeó al ver el aspecto que ofrecía Cobina, no porque continuase con su disfraz, sino porque daba la sensación de hallarse al borde de un ataque de histeria.

—He pasado un pánico horrible... La policía me ha mareado... Si esto sigue así, voy a enloquecer...

Kirboe frunció el ceño.

—Será mejor que se calme y me lo cuente todo —dijo—. ¿Ha tomado algo?

—No, ni siquiera se me ocurrió...

—Una copa le sentará bien. Luego haré café. Vamos, hable.

Cobina se sentó en una butaca y se tapó la cara con las manos.

—El Cuervo ha muerto. Alguien le clavó un puñal en el corazón —dijo.

Kirboe se volvió hacia la joven, con la botella en la mano.

—¿Lo ha visto usted? —preguntó.

—Sí. Fui la primera... Pero ¿por qué ha tardado tanto, Ethan? Yo no sabía dónde buscarle...

—Estaba trabajando —dijo él secamente—. Después de lo que he oído, debo deducir que no ha conseguido hablar con el Cuervo.

Cobina tomó un largo trago de la copa que le ofrecía el joven.

—Claro que no he hablado con él. Estuve aguardándole más de una hora, pero él se hallaba en un reservado interior. Usted me dio su descripción física y yo esperaba verle entrar por la puerta, pero resultó que había llegado antes que yo. Cuando empecé a impacientarme, pregunté por él y me indicaron un reservado. Entonces fue cuando lo encontré muerto.

Kirboe apretó los labios.

—¿Sabe si habló con alguien? —preguntó.

—No, ¿cómo voy a saberlo? Pero, en cambio, he descubierto algo muy interesante.

—Bueno, quizá no se ha perdido todo —sonrió Kirboe—. A ver, cuénteme.

—Mi jefe... Barton Lonsdale, entró en el Teddy's cuando yo estaba allí... Él también iba disfrazado. Parecía un hampón, él, un hombre que viste siempre tan correctamente, tan distinguido, tan puritano... Después de que se hubo marchado, pregunté al barman y me dijo que era Benny Lomax.

—¡Caramba, con los hombres puritanos! —se asombró el joven—. ¿Quizá buscaba una aventura?

—Me parece que no. Yo no le vi hablar con ninguna de las chicas... ¡Ethan! —gritó ella de repente.

Kirboe dio un salto en el asiento.

—Muchacha, ¿qué le sucede ahora? —exclamó.

—Lonsdale —dijo ella, con los ojos muy abiertos—. Entró en la zona de reservados... El médico de la policía dijo que Hutchins había muerto pocos minutos antes de que yo descubriera su cadáver...

—¿Cómo? ¿Supone que Lonsdale pueda ser el asesino?

—Es una probabilidad, ¿no?

—¿Acusa usted a su jefe de ese crimen?

Cobina se puso ambas manos en las sienes.

—Ya no sé ni qué pensar...

—En cambio, yo sí sé qué va a hacer —dijo Kirboe, resueltamente—. En vez de café, le haré té. Con una pastilla de sedante, dormirá usted toda la noche en la habitación de los huéspedes. Cuando se despierte, llame a su oficina y diga que se siente algo indispuesta. Pero tendrá que volver al trabajo; es la mejor forma de vigilar a Lonsdale.

—Creo que no podré. He dado mi nombre a la policía. Si aparece en los periódicos, Lonsdale podría recelar...

—Quizá no le diga nada. A fin de cuentas, él también lleva una doble vida. Vuelva a su trabajo, al menos durante algunos días.

Cobina lanzó un hondo suspiro.

—Lo haré —repuso, ya más calmada.

La puerta se abrió, como respuesta a la llamada de Kirboe. Un hombre corpulento, con la cabeza casi completamente monda y

vestido con una bata casera, apareció ante los ojos del joven.

—No deseo comprar cepillos de dientes, y menos a las nueve de la mañana —dijo el sujeto agriamente—. Lárguese.

Kirboe no se inmutó.

—Usted es Thomas Wharton —dijo.

—El nombre figura en la puerta. Adiós.

—No tanta prisa, señor Wharton. Esta maleta no contiene cepillos de dientes o cajas de betún. No soy un vendedor a domicilio.

Wharton miró recelosamente al visitante. Por su parte, Kirboe se dio cuenta de que la mano derecha de Wharton estaba hundida en el amplio bolsillo de su bata.

—Entonces, ¿qué diablos quiere?

—Devolverle la maleta, por supuesto. ¿Me permite?

Kirboe empujó a Wharton con el hombro derecho y entró en la casa. Después de lanzar una mirada a la decoración, silbó.

—Vaya, parece que el negocio rinde buenos beneficios —comentó jovialmente.

—¿A qué negocio se refiere usted? —preguntó Wharton con sequedad.

Kirboe sonreía sibilinamente. Puso la maleta sobre una mesa y soltó las presillas, para levantar la tapa. El fusil de caza, convenientemente despiezado, quedó a la vista.

—A éste —dijo, lacónico.

Los ojos de Wharton se achicaron.

—¿Dónde está O'Hull? —preguntó.

—No lo sé. Escapó, después de fallar un montón de tiros. Oiga, si ese tipo es un asesino profesional, vale más que se dedique a barrer las calles.

—Hasta ahora, no había fallado, Kirboe. Es decir, supongo que usted es...

—Sí, soy Kirboe.

—¿Cómo ha encontrado mi casa?

—Elemental, querido Wharton —sonrió el joven—. O'Hull consiguió escapar, a pesar de que yo tenía mi pistola en su nuca. Naturalmente, dejó el coche, con la maleta. En la documentación del coche figuraba el nombre de un tal Wharton.

—Es curioso. O'Hull debería haberme avisado de lo ocurrido.

—Seguro que le entró miedo.

—Sí, eso debe de ser.

—Ustedes cometieron un error. O'Hull usó su coche, para que no le vieran con el suyo. Naturalmente, pensaba devolverlo, después de haberme liquidado, pero las cosas se le torcieron. Oiga, Wharton, ¿qué tal va la agencia de asesinatos?

Wharton se irguió.

—No puedo quejarme —dijo fríamente.

—Sí, se ve que el negocio marcha viento en popa. Nunca faltan personas que estorban a otras. Yo mismo, por ejemplo, estorbo a alguien, pero no sé quién es. ¿Puede decírmelo?

—Lo siento, nunca traiciono la confianza de mis clientes. Pero, en cambio, siempre cumplo mis contratos.

La mano de Wharton salió, armada con un pequeño revólver. En el mismo instante, Kirboe actuó con fulgurante rapidez. Asió la muñeca del sujeto y la retorció bruscamente. El revólver se disparó, con la boca del cañón apoyada en la bata de Wharton, un poco más arriba de la cintura.

El disparo no hizo demasiado ruido. Wharton abrió la boca, pero no emitió otra cosa que un ronco gemido. Kirboe continuaba aferrando su muñeca. De pronto, Wharton cayó de espaldas al suelo.

El revólver quedó a un palmo de su mano. Wharton se estremeció todavía un poco. Muy pronto se quedó quieto.

Kirboe contempló pensativamente el inerte cuerpo del asesino. Aquello podía pasar por un suicidio, pensó.

Estuvo unos momentos irresoluto. Luego, de pronto, reaccionó y empezó a buscar por la casa.

Cada vez que examinaba algún sitio, borraba sus huellas dactilares cuidadosamente. Al cabo de un buen rato, vio una caja de caudales, oculta detrás de un cuadro.

Le costó un poco, Pero logró abrirla. Un viejo ladrón, conocido suyo, le había enseñado tiempo atrás. El sujeto estaba agradecido a Kirboe, por haberle librado de una larga estancia en la cárcel. Kirboe no lo habría hecho, de no estar interesado en resolver un caso de asesinato. A la justicia, pensó entonces, le interesaba más un asesino que un ladrón.

En el interior de la caja fuerte halló una libreta de tapas negras,

con interesantes anotaciones. Muchos de los nombres estaban ocultos tras sus iniciales. El suyo figuraba en último lugar. Era un encargo recientísimo, por el que un tipo que se ocultaba tras las iniciales M. D., había pagado diez mil dólares.

A continuación, Kirboe copió las últimas anotaciones de la libreta, sentado en la mesa del gabinete de trabajo de Wharton. Allí había otra libreta con nombres y direcciones y números de teléfono. Gran parte de las iniciales coincidían con aquellos nombres. «Una documentación preciosa para la policía», pensó. De este modo, podrían resolverse muchos de los asesinatos cometidos en los últimos años, a cuyos autores no había sido posible encontrar hasta aquellos momentos.

Procuró dejar todo en orden, una vez hubo terminado su tarea. Cuando se disponía a salir, alguien llamó a la puerta.

Kirboe abrió, situado al otro lado. Un hombre entró.

—Tom, tengo que decirte algo...

La mano derecha de Kirboe golpeó con el filo la nuca del recién llegado. Garson O'Hull se desplomó sin sentido, a dos pasos del cadáver de su jefe.

Kirboe sonrió.

—Vas a tener que dar muchas explicaciones a la policía —dijo, mientras limpiaba sus huellas del pomo de la puerta.

Un minuto después, avisaba a la policía desde una cabina telefónica. El sonido de la sirena de un coche patrulla se dejó oír casi instantáneamente.

Kirboe llegó a su casa después del mediodía. Cobina, sin el disfraz, parecía hallarse en mejores condiciones que la víspera.

—¿Ha dormido bien?

—Sí, excelentemente. ¿Cómo va su trabajo?

—No puedo quejarme. ¿Qué le han dicho en la oficina?

—Nada. Esperan que acuda mañana.

—Muy bien, mañana volverá al trabajo...

El teléfono sonó de repente. Kirboe levantó el aparato y dio su nombre.

—Ethan, soy Helen Haggerty. Deseo verle.

Kirboe se asombró.

—¿Cómo, señora?

—Tengo noticias para usted. Cenaremos juntos. A las siete y

media, por favor.

Sonó un «clic». Cobina miró inquisitivamente al joven, que parecía sentirse muy perplejo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó.

—Esto no me gusta —dijo él.

—Pero ¿quién era? ¿Qué le han dicho?

—Helen Haggerty dice tener noticias. Quiere que cene con ella.

—Cuidado —advirtió Cobina.

—Lo tendré, no se preocupe.

—Usted no la conoce bien. Es muy astuta y ambiciosa, lo cual, generalmente, significa falta de escrúpulos.

—Parece como si la conociera...

—Personalmente, no; pero en una ocasión oí a Lonsdale ciertos comentarios acerca de una tal Helen Haggerty y no tenían nada de favorables. Lonsdale se quejaba a un visitante de que la señora Haggerty le había estropeado un buen negocio, aunque no llegué a saber más. Pero había que escuchar los calificativos que le aplicó... mejor dicho, más valdría no volver a oírlos.

—Bien, Helen es mi cliente y me ha prometido cincuenta mil dólares por cierto trabajo. Naturalmente, cinco mil serán para usted.

—Bromea —dijo.

—Hablo muy en serio. ¿Qué más recuerda de aquella conversación?

Cobina intentó concentrarse.

—Era algo sobre importación... pero ahora que caigo, juraría que no era una operación limpia. Lonsdale mencionó vidrios...

—¡Diamantes!

—¿Sí?

—Seguro. Si era ilegal... ¿Ha oído hablar alguna vez que sea ilegal importar cristales?

—No, claro, pero ¿cómo puede estar usted seguro de que se trata de diamantes?

De pronto, Kirboe se encaminó hacia la puerta.

—Tengo que visitar a una persona —dijo—. Ah, Cobina, ¿recuerda el nombre del sujeto que visitó a Lonsdale?

—No, aunque puedo consultar mi agenda. Yo anotaba todas las visitas, el día y la hora... Lonsdale ordenó que lo hiciera así. La

agenda estará en mi mesa de trabajo...

—Vaya a la oficina, diga que se siente bien y averigüe ese dato.

—De acuerdo. ¿Cuándo nos veremos?

Kirboe hizo un gesto ambiguo.

—Estoy invitado a cenar y no sé cuánto durará la fiesta —
respondió.

CAPÍTULO VII

Algunos años antes. Janet Erickson debía de haber tenido una silueta muy atractiva. Ahora luchaba desesperadamente contra la grasa, pero era una batalla perdida de antemano. Los voluminosos senos amenazaban desbordarse por el escote de su vestido, el cual daba la sensación de ir a explotar por las caderas de un momento a otro.

Además, sudaba.

—No quiero decirle ese nombre, señor Kirboe —manifestó, enormemente nerviosa—. Yo le encargué recuperar un collar de diamantes valorado en ciento cincuenta mil dólares y prometí pagarle el diez por ciento de su valor. Por mi parte, eso es todo.

—Soy un tonto —declaró el joven—. No debí aceptar este caso. Me dejé cegar por la recompensa... pero, puesto que se niega a cooperar, abandono el caso. Algún día su marido descubrirá que las piedras que ahora tiene son falsas... Organizará un buen escándalo, créame.

Janet se aterroró.

—Por favor —rogó.

—Señora, seamos realistas. No es usted la primera mujer que tiene un amante joven. Ciertamente, usted lo es todavía y sus encantos son muy numerosos —dijo Kirboe galantemente, a fin de dorar un poco la píldora—, pero hay cosas que no se pueden negar. Usted se chifló por un tipo que la engañó con sus arrumacos. Ese hombre no se merece que una dama de su clase le guarde las espaldas con su silencio.

—Está bien. —Janet se resignó—. El nombre es Leslie Grantland.

—¿Leslie o Lars? —preguntó el joven, temeroso de una posible confusión.

—Leslie —insistió ella.

—¿Cuántos años tiene?

Janet enrojeció hasta la raíz de sus cabellos exageradamente teñidos.

—Veintiséis...

Debía de ser hermano del otro Grantland. Lars contaba alrededor de treinta y cinco años, pensó el joven.

—Está bien, muchas gracias, señora. Cuento con mi discreción...

Janet corrió agitadamente hacia el investigador.

—Por favor, señor Kirboe, encuentre pronto el collar —dijo, suplicante—. Le pagaré los quince mil... y... y un día le invitaré a cenar, los dos solos...

Kirboe contempló aquel vasto pecho, que se agitaba tempestuosamente, contempló las gotas de sudor que inundaban la frente de la mujer y se estremeció interiormente.

—Encontraré el collar —dijo, esquivando una respuesta más concreta.

Cuando salió a la calle, sudaba a chorros.

—¡Uf! —dijo—. Cualquiera diría que el sudor es contagioso...

Avanzó unos pasos. De pronto, alguien agitó una mano desde la ventanilla de un coche.

—Acérquese, Kirboe —llamó Grantland.

Kirboe se sentó junto al individuo. Uno de los tipos a quién había zurrado la víspera, conducía el vehículo.

Grantland sacó un cigarro y lo ofreció a su forzado acompañante. Kirboe hizo un gesto negativo.

—¿De qué se trata? —preguntó el joven.

—Debo disculparme por lo que sucedió el otro día. Creo que no me porté bien con usted —contestó Grantland.

—Estamos en paz, no se preocupe. Pero podía haberme ofrecido sus excusas por teléfono y se habría ahorrado un poco de gasolina.

—Bien, es que, además, quería hablar con usted.

—¿Tema?

—Negocios.

—¿Legales?

—Claro —rió Grantland—. A un hombre como usted no le iba a proponer nada ilegal.

—Hable.

—Se trata de mi hermano. Ha desaparecido.

—¿Teme un asesinato?

—No. Al menos, no lo creo.

—¿Qué sabe de él?

—Nada. ¿Para que recurro a usted?

—Bueno, yo me refería a la última vez que lo vio. ¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Cinco días. Estuvo en el Golden *Flash*, tomó una copa...

—¿No trabajaba con usted?

—Leslie tenía sus negocios propios. Pero es mi hermano.

—¡Oh!, la voz de la sangre —dijo Kirboe, irónico—. Si ha desaparecido y no está muerto, es que se ha ido de viaje.

—Eso creo yo, pero no sé adónde se marchó.

—Y usted quiere que lo encuentre.

—Exactamente.

—Lars, ¿cuáles eran los negocios de su hermano?

—Usted acaba de salir de casa de la señora Erickson.

Kirboe sonrió maliciosamente.

—No sería la única, me imagino —dijo.

—No, claro. Pero...

—Pero ¿qué?

—Ya tiene bastante. Búsquelo.

—¿Eso es todo?

—Le daré cinco mil, si averigua dónde está. ¡Para, Duck!

El coche se arrimó a la acera. Kirboe abrió la portezuela.

—Encontraré a su hermano —dijo—. Tengo mi cuenta en el Grand Trust Bank. Envíe inmediatamente el cheque.

—Confíe en mí —dijo Grantland.

Kirboe quedó en pie junto a la acera, contemplando el alejamiento del automóvil en que viajaba el dueño del Golden *Flash*. Una sonrisa mefistofélica distendió sus labios.

—Apuesto los cinco mil a que hay algo que te interesa mucho más que la vida o el paradero de tu seductor hermanito —dijo entre dientes.

Los ojos de Helen Haggerty se abrieron significativamente al ver avanzar a su invitado. Kirboe vestía chaqueta blanca, camisa de encajes, con lazo negro, pantalón del mismo color y una ancha faja roja a la cintura.

—Vaya, está desconocido —exclamó, a la vez que le tendía la

mano.

—¿Acaso pensaba que no sé vestirme para una cena? —dijo Kirboe riendo—. La profesión de investigador privado no está reñida con el buen gusto en la indumentaria.

—Eso es lo que estoy viendo.

—Yo también veo algo muy atractivo, Helen.

Ella sonrió de un modo peculiar. Helen Haggerty vestía enteramente de negro. El traje era largo, pero el tejido, desde la cintura hasta los hombros, era absolutamente transparente. Debajo del tul negro, no había ninguna otra prenda de ropa. La espalda, además, quedaba enteramente al descubierto, hasta un palmo más abajo del talle.

—Conviene lucir lo que se tiene —dijo Helen—. ¿Una copa?

—Conforme.

Kirboe apreció que la mesa estaba ya puesta y las velas encendidas. Cuando ella le entregó la copa, hizo una pregunta:

—¿Cuáles son las noticias?

—Tenemos tiempo —respondió Helen—. Estamos solos y la cena será a base de fiambres y platos fríos. ¿Qué le parece?

—Me gusta mucho la soledad, bien acompañado, por supuesto. Pero me parece que no voy a probar bocado.

—¿Por qué? ¿Está inapetente?

Kirboe dejó la copa a un lado. Avanzó dos pasos y puso ambas manos en la cintura de Helen.

—Usted me ha quitado el apetito —dijo.

Se inclinó a besarla. Ella no rehuyó el contacto de los ardientes labios masculinos.

Mucho más tarde, Helen declaró que estaba muerta de hambre.

—Traeré algo de comer —mientras envolvía su espléndido cuerpo en una bata.

Helen regresó poco después, con un par de platos en las manos. Sentado en el lecho, Kirboe tomó uno de los platos.

—¿Hablamos ya? —propuso, mientras pinchaba con el tenedor una loncha de jamón.

Helen se sentó en el borde de la cama.

—Creo saber dónde está Evelyn Dunn —dijo.

—Buena noticia. ¿Qué más?

—Voy a ir a verla yo misma, en persona.

—Eso ya me gusta menos, Helen.

—¿Por qué?

—Perderé los cincuenta mil, claro.

—No, los tendrás de todos modos. Si me acompañas, claro.

Kirboe entornó los ojos.

—¿Debo acompañarte?

—Me gustaría, Ethan.

—Tendré que pensármelo.

Helen se echó a reír.

—Después de lo sucedido, ¿no te sientes capaz de tomarte unas vacaciones a mi lado?

—¿Cuántos días?

—Oh, una semana, diez días... No habría prisa alguna, si recobrásenos el dinero.

—Es una propuesta muy interesante...

Helen se levantó y dejó su plato sobre una consola.

Volvió junto a Kirboe y le quitó su plato. A continuación, se arrojó sobre él y le abrazó ardorosamente.

—Apostaría algo a que no te han hecho jamás una proposición semejante —dijo.

Kirboe notó, les dientes de Helen, que mordisqueaban el lóbulo de su oreja izquierda. De nuevo se sintió envuelto en el vértigo de la pasión.

Súbitamente, le pareció oír un ruidito en el piso bajo.

—Helen.

Ella se separó un tanto y le miró fijamente.

—¿Qué te sucede, cariño?

—Hay alguien en la casa.

—Imposible. Los criados no volverán...

Kirboe apartó a la mujer a un lado. Saltó de la cama y se puso en pie rápidamente.

—Ve al armario —ordenó en voz baja.

Helen obedeció, llena de aprensión. Kirboe se situó junto a la puerta del vasto dormitorio.

Aguzó el oído. Unos pasos se acercaban lentamente a la estancia.

Al cabo de unos segundos, Kirboe vio que giraba el pomo de la puerta. De repente, alguien la abrió, dio un salto y se situó frente a la cama, con una pistola en la mano.

La pistola tenía silenciador. Delley Parks *el Bronco* hizo tres o cuatro disparos, antes de darse cuenta de que la cama estaba vacía.

Helen chilló de pánico. En el mismo momento, Parks sintió el impacto de un pie en sus riñones.

El Bronco voló por los aires, cayó al suelo y se deslizó un par de metros, hasta detenerse al pie del amplio ventanal, que daba a la piscina. La pistola quedó muy lejos de su mano, pero, ágil como un gato, se levantó instantáneamente.

Kirboe avanzó hacia él. Parks sacó una navaja automática. Aunque se sentía desconcertado, era hombre de rápidas reacciones.

—Voy a echarte las tripas fuera —amenazó.

Saltó hacia adelante, alargando el brazo como si empuñase una espada. Kirboe dio un paso hacia atrás. La mano pasó rozando su cintura. Al mismo tiempo, asió el brazo del asesino.

Un segundo después, Parks volaba por los aires. Un chillido desgarrador brotó de sus labios al darse cuenta de que atravesaba el ventanal.

El grito de espanto fue sustituido bruscamente por un horrible sonido. A Kirboe le pareció que se había roto una calabaza vacía.

Corrió hacia la ventana. Parks yacía en el suelo encementado, con el cuello torcido grotescamente. Una cinta de color rojo oscuro brotaba de la parte posterior de su cabeza.

Helen lanzó un gemido. Kirboe volvió los ojos. Ella, temblando como una hoja seca, seguía todavía en el armario.

—Vístete —ordenó Kirboe secamente—. Voy a llamar a la policía...

—¡No! —gritó Helen—. Habrá un gran escándalo...

El señaló la cama agujereada primero y luego la ventana.

—El tipo ha muerto —dijo—. No sé por qué vino a quitarte de en medio... o puede que quisiera matarnos a los dos, pero todos los argumentos están a nuestro favor. Tú me contrataste porque te habían amenazado de muerte, ¿entiendes?

Helen, con la cara completamente gris, asintió.

—Sí, lo diré así a la policía...

—Voy a llamar por teléfono. Vuelvo enseguida. No toques la pistola.

Kirboe descendió a la planta baja y regresó muy pronto, para vestirse del todo. Al terminar, meneó la cabeza.

—Un fin de fiesta nada agradable —comentó.

Amanecía ya cuando Kirboe regresó a su casa. Sentíase soñoliento, más que fatigado, debido al largo interrogatorio de la policía. Afortunadamente, había defendido a su cliente del ataque de un asesino, lo que le había evitado todo género de complicaciones. Pero no podía comprender por qué Bronco había querido asesinar a Helen.

¿Quién le había informado que la servidumbre no estaría en la casa? ¿Por qué debía morir la hermosa y voluble señora Haggerty?

Cuando abrió la puerta, vio a Cobina tendida en un diván. El brazo izquierdo de la muchacha perdía fuera del mueble.

Kirboe sonrió. Tomó la muñeca de la joven y puso su mano sobre el pecho. Luego continuó su camino hacia el cuarto de baño, en donde tomó una ducha relajante. Al terminar, se secó y envolvió su cuerpo en una bata corta. Fue a la cocina, encendió el fuego y arrió una cafetera llena de agua.

Cobina apareció cuando el agua estaba a punto de hervir.

—El nombre del visitante es Melvin Diwitt —informó.

—Gracias.

—¿Resultó divertida la fiesta?

—Mucho. Hubo tiros y un tipo se rompió la cabeza contra las losas del patio.

—¿Se burla de mí, Ethan?

—Estoy diciéndole la verdad, Cobina. A propósito, ¿qué le ha dicho Lonsdale?

—Nada, no ha ido hoy a la oficina. Mejor dicho, ayer, porque está amaneciendo... Me cansé de esperarle, Ethan.

—Lo siento. A propósito, Cobina, ¿qué le parecería un viajecito de placer a las Bahamas?

—No puedo. Tengo un empleo...

—Es mi ayudante.

Ella sonrió.

—En tal caso, no tengo más remedio que ir. ¿Cuándo, Ethan?

—Yo voy a dormir un rato; he pasado la noche en vela y no precisamente por diversión. Mientras tanto, usted puede ocuparse de los pasajes de avión, reservas de hotel y demás. ¿Podrá hacerlo?

—Descuide.

Kirboe durmió hasta pasado el mediodía. Cuando despertó,

Cobina, ya de vuelta de las gestiones que él le había encomendado, le dio una noticia:

—He ido a despedirme a la oficina. Una de mis compañeras me ha dicho algo interesante.

—¿Sí?

—Lonsdale ha salido de viaje a Port Henlon.

CAPÍTULO VIII

Desde la terraza de la habitación, se veía la playa, enorme, de blanquísima arena, bordeada por la lujuriente vegetación tropical. La playa estaba partida frente al hotel por un embarcadero, junto al cual se divisaban amarradas algunas lanchas.

La concurrencia era, sin embargo, más bien escasa. Kirboe y la muchacha habían tomado habitaciones separadas. No obstante, en aquellos momentos. Cobina se hallaba en la terraza junto al joven.

Sentados en sendas butacas, contemplaban el espectáculo de un mar que resplandecía como un zafiro gigantesco. A la derecha del embarcadero, a unos doscientos metros, una pareja correteaba por la playa, ambos vestidos con sendos bañadores que tenían un mínimo de tela.

Kirboe tenía unos prismáticos en la mano. Al cabo de un rato de observación, los pasó a su acompañante.

—Ahí tiene a Leslie Grantland y a la casquivana Evelyn Dunn —indicó.

Cobina acercó los gemelos a los ojos. En aquel momento, Grantland y Evelyn, estrechamente enlazados, rodaban sobre la arena.

—Desvergonzados —se escandalizó.

Una ola llegó y envolvió a la pareja. Los dos amantes se levantaron rápidamente, riendo alborozados.

—Felices y satisfechos —dijo Cobina.

—Pero imprudentes —calificó él.

—¿Por qué?

—Ella tiene un millón. Debiera haberse ido a Europa.

—Quizá esta isla le pareció más apartada, ¿no cree?

Kirboe alargó la mano y recobró los prismáticos.

Pasaron unos minutos. De pronto, Grantland y Evelyn salieron del agua y se tendieron en la arena, boca arriba, con las manos

unidas.

—Cobina, voy a salir —anunció él—. Siga observándolos.

—¿Adónde va? —preguntó la muchacha.

Kirboe no contestó. Salió al corredor y descendió a recepción. El empleado le atendió cortésmente.

—¿Señor?

—Deseo alquilar un auto —manifestó Kirboe—. ¿Cómo podría hacerlo?

—Llamaré a Port Henlon. Un empleado de la agencia traerá el coche. ¿Desea alguna marca en particular?

—Me basta que ruede.

El recepcionista sonrió.

—No tendrá problemas con el automóvil, señor —aseguró.

—Debí haber traído el mío... Pero tenía entendido que no resultaba fácil.

—Oh, todo lo contrario, señor. Algunos de los huéspedes han llegado con su propio coche. El hotel dispone de un buen garaje, señor Kirboe.

El joven sonrió.

—Gracias. Avíseme cuando llegue el automóvil —dijo.

—Por supuesto, señor.

Kirboe abandonó el vestíbulo y se encaminó al jardín del hotel, provisto de una enorme piscina, en torno a la cual había cuatro o cinco parejas de distintas edades. El garaje estaba al otro lado, casi oculto por una barrera de palmeras.

Kirboe caminó indecentemente hacia el garaje, que era del tipo abierto. Con ojo crítico examinó las matrículas de los coches allí guardados. Sí, aquél debía de ser el de Leslie Grantland. O tal vez el de Evelyn Dunn, tanto daba.

Pero no era el momento adecuado para registrar el vehículo. Encendió un cigarrillo y volvió sobre sus pasos.

Poco más tarde, llamó el recepcionista:

—Señor Kirboe, ya tiene su coche.

—Está bien. Por favor, haga que lo dejen en el garaje. ¡Ah! ¿Puede enviarme un plano de la isla? La señorita Watson y yo queríamos salir esta noche a cenar y divertirnos un poco.

—Con mucho gusto. Si desea cenar bien, puedo recomendarle The Old Sailor. Es un ambiente tranquilo y distinguido y su cocina

es excelente.

—Muchas gracias; tendré en cuenta su recomendación.

Cuando Cobina conoció el plan, sonrió detrás de las grandes gafas negras que ocultaban su rostro en buena parte.

—¿Hemos venido a trabajar o a divertirnos? —preguntó.

—Todo se puede compaginar —respondió él jovialmente—. ¿Tiene ropa adecuada o prefiere comprar algo en la tienda del hotel? He visto algunos trajes sensacionales...

—No soy rica, Ethan.

—Haga que lo anoten en mi cuenta y no se preocupe. ¿Estará lista para las siete?

—Lo intentaré. —Cobina se dispuso a salir, pero, de pronto, se volvió hacia el joven—. Ethan, este viaje va a costar un montón de dólares —objetó.

—Tengo en perspectiva sesenta y cinco mil, como honorarios de mi trabajo. Bueno, debo descontar el diez por ciento, que serán para usted...

—Me parece que voy a quedarme de empleada fija en su agencia, Ethan.

—De eso no puede tener la menor duda.

El vestido de Cobina era estampado en rojo y azul oscuro, casi negro, con algunas vetas amarillas. La falda quedaba a ras de las caderas y el torso, a excepción de dos minúsculos trocitos de tela del mismo tejido que cubrían los senos, estaba enteramente al descubierto.

Aquellos dos trozos de tela eran circulares y se sostenían por simple adherencia, sin cintas ni tirantes.

—¿No le parece que es un modelo atrevidísimo? —dijo Cobina, mientras bailaba, estrechamente enlazada a su acompañante—. Pero no pude resistir a la tentación de comprarlo...

—Un vestido solo es atrevido cuando no sienta bien a quien lo lleva —contestó él.

Cobina se esponjó.

—Me gusta su respuesta, Ethan —dijo.

Apoyó la cabeza en el hombro de Kirboe, dejándose llevar por la música suave, sin estridencias, de melodías tropicales.

—En estos momentos creo ser la Cenicienta —añadió—. Dentro de nada, darán las doce y tendré que echar a correr, dejándome el

zapatito...

Suspiró hondamente.

—Me siento muy feliz. Nunca había disfrutado tanto —murmuró.

Al cabo de un rato, volvieron a la mesa. Cobina paseó la vista por el local, de forma circular. Había tres gradas para las mesas de los clientes. La pista estaba en el centro. La orquesta se hallaba situada en un punto todavía más alto, apenas visibles los músicos, sumidos en una casi total oscuridad. En cada una de las mesas había un gran cuenco de vidrio verde, con una gruesa vela.

De pronto, Cobina se estremeció.

—Ethan.

—¿Sí, preciosa?

—Juraría que mi jefe está aquí. Pero ahora usa bigote y gruesas gafas coloreadas... Es la tercera mesa, a la derecha de la orquesta, primera grada.

Ethan tenía los ojos fijos en el plato. Sólo en apariencia, porque estaba contemplando al sujeto señalado por la muchacha.

—Sí ése es Lonsdale, no estamos solos. Yo veo también a Evelyn Dunn y al bello Leslie Grantland.

—¿Los conoce?

—Conseguí fotografías de ambos. Ella es la rubia del vestido blanco. Él es un segundo Robert Redford.

—Entonces, sí es guapo de veras.

De pronto, una mujer entró en el comedor. Kirboe bajó la vista más todavía.

—Vaya, ésa lleva un vestido igual que el mío —exclamó Cobina.

—Sí, pero necesita usar tirantes. No se atreve a emplear sólo los círculos de tela, sin más.

Cobina enrojeció.

—Es muy guapa —dijo.

—No cabe duda. Aunque use tirantes, Helen Haggerty es sumamente atractiva.

—¿Helen...?

—Sí, la misma.

—Bien, parece que empezamos a reunirnos todos, como unos conspiradores, ¿no cree?

Kirboe demoró la respuesta unos segundos. Tenía la vista fija en

una mesa, a la cual se hallaban sentados tres hombres. Uno de ellos, muy moreno, era de atlética complexión. Sus facciones eran duras, casi siniestras, a lo cual contribuía el espeso bigote de guías curvadas que adornaba su labio superior.

—Estamos aquí conspirando por dos cosas: un millón de dólares y un collar de brillantes —dijo.

—Bah, tonterías —sonrió Cobina—. Ethan, hace mucho tiempo que tengo una duda. Aún no hemos conseguido aclararla... ¿Qué pudo guardar Ben Tucson en el armario de la estación de autobuses?

—A mí también me gustaría saberlo. Pero puede que hoy o mañana averigüe algo. No debemos olvidar que se alojaba en este mismo hotel.

—Entonces, quizá...

Ella dejó la frase sin concluir.

—Sí, tal vez —convino Kirboe—. Cobina, ¿le gustaría hacer mañana una excursión en motora?

—Será un placer. ¿Adónde iremos?

—Hay muchos sitios. Siga cenando y no se preocupe de más.

En aquel instante, Kirboe se dio cuenta de que Helen Haggerty tenía la vista fija en él. Los ojos de la mujer brillaban de un modo extraño, a pesar de su sonrisa. Kirboe, por su parte, mantuvo el gesto impasible.

Regresaron al hotel muy de madrugada. Kirboe creyó conveniente dar un largo paseo en automóvil, deteniéndose de cuando en cuando a gozar del incomparable panorama del océano bajo la luz de la luna. En realidad, quería ganar tiempo.

Cuando volvieron, sólo había encendidas las luces del vestíbulo y de la recepción. Kirboe paró el coche en el lugar asignado y ayudó a bajar a la muchacha.

—Ha sido una velada deliciosa —dijo Cobina.

Kirboe tiró de su brazo.

—Voy a hacer algo —murmuró—. Vigile.

Ella le siguió, situándose en el lugar que Kirboe le indicó. Pudo darse cuenta de que registraba un automóvil, pero no volvió la cabeza una sola vez.

Al cabo de un buen cuarto de hora, Kirboe la agarró por un brazo.

—No he encontrado nada —dijo.

—¿Qué buscaba, Ethan?

—Un millón de dólares.

—Son de Helen, ¿no?

—Eso dijo ella.

—Lo que significa que no tiene seguridad de que haya hablado sinceramente —murmuró Cobina.

—Puede ser. Oiga, le daré un consejo. Cierre en su habitación con doble vuelta de llave y no abra a nadie, ¿estamos?

Cobina sintió un escalofrío.

—Ethan, ¿qué es lo que teme? —preguntó.

—Después de tantas muertes, cualquier cosa.

—Me dan ganas de pedirle que me admita en su habitación —dijo la joven.

—Aceptado —contestó él de inmediato.

—Pero no se lo pediré, lúbrico individuo. Estoy segura de que caería en sus brazos... y no quiero que eso suceda.

Kirboe ocultó una sonrisa.

—No tengo prisa —contestó.

Momentos después, abrió la puerta de su dormitorio, Helen Haggerty se puso en pie al verle entrar.

CAPÍTULO IX

—Te marchaste sin despedirte de mí —acusó ella.

—Era lo mejor —contestó Kirboe sin inmutarse.

—Acaso pensaste que tu acompañante es más guapa que yo, ¿verdad?

—Jamás se me ocurriría una cosa semejante, Helen.

—Esa chica es un saco de huesos. ¿Qué has visto en ella?

—No he visto nada. Es mi secretaria.

Helen arqueó las cejas.

—Te burlas de mí —dijo.

—Querida, tú me pediste que rescataste un millón de dólares, pero yo no dije que lo haría de ésta o de la otra manera. Tampoco pusiste condiciones para mi personal. La chica será o no un saco de huesos, pero es inteligente y eficaz, y eso es lo que yo busco en una secretaria que, en ocasiones, debe actuar como ayudante. Pero, además, deberíamos aclarar cuanto antes algunas cosas.

—¿Por ejemplo? —preguntó Helen, adelantando el busto agresivamente.

—En primer lugar, no me gustaría que tomases como algo definitivo lo que fue solamente el producto de determinadas circunstancias. Tú eres joven y hermosa y yo soy un hombre en toda la extensión de la palabra. Eso es todo lo que ha habido entre nosotros.

—¿Qué más?

—Me prometiste cincuenta mil, pero aún no he visto un solo centavo. —Kirboe movió la mano en semicírculo—. El hotel es caro.

—Cuando bajas a recepción, tendrás un cheque por diez mil. ¿Satisfecho?

—Sólo en parte. Ni siquiera sé por qué tenías el millón de dólares en casa. ¿Pensabas fugarte a Suiza?

Helen se echó a reír.

—Eso es algo que no te importa en absoluto —contestó—. Tenía el dinero y mi querido, pero afortunadamente difunto esposo, se lo dio a esa zorra de Evelyn Dunn.

—La cual, por cierto, está aquí, en el mismo hotel.

—Sí, ya la he visto. ¿Quién la acompaña?

—Un tipo que explota a las mujeres maduras, ricas y sentimentales. A su última conquista le birló un collar de brillantes valorado en ciento cincuenta mil.

Helen silbó.

—No es bisutería, ciertamente —convino.

—La dueña del collar sí recibió bisutería a cambio. No te preocupes; trataré de recobrar las dos cosas; los billetes y el collar.

—Está bien, confío en ti.

—No te olvides del cheque.

—Descuida. —De repente, Helen movió rápidamente las manos y soltó unas invisibles presillas que unían las tiras de tela a los discos que cubrían sus senos—. Yo también puedo llevar el vestido como esa chica —sonrió provocativamente.

—Sobre eso no cabe la menor duda.

Kirboe avanzó hacia la mujer, pero en lugar de abrazarla, como ella esperaba, la empujó con suave firmeza hacia la puerta.

—Buenas noches. O, mejor, buenos días —la despidió.

Cerró la puerta con doble vuelta de llave. Encendió un cigarrillo y contempló distraídamente las volutas de humo. Había algo en la conducta de Helen que no acababa de gustarle. No era totalmente sincera. ¿Qué le ocultaba?

Una vez se hubo desvestido, fue a la cama. En la oscuridad, estuvo pensando largo rato sobre un detalle observado anteriormente. Era algo extraño que había visto, pero, sin embargo, no sabía definirlo con exactitud.

Al fin, cansado, se dio una orden a sí mismo:

—¡A dormir!

—Cuando regresemos al hotel, tendrás que hacer uso de todo tu poder de seducción para averiguar una cosa —dijo Kirboe por la mañana, ya a bordo de la canoa que había alquilado minutos antes.

La lancha se deslizaba sin apenas movimiento por un mar espejeante. Era una motora con un propulsor de treinta y cinco caballos, apropiada para pasear y no para competir en una carrera.

Sentada en la popa. Cobina untaba su epidermis con aceite protector.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Quiero saber cuál es la habitación que ocupó Ben Tucson. El recepcionista te lo dirá, seguro.

—Muy bien, y ahora yo quiero decirte otra cosa. Esta mañana he visto a un tipo conocido, aunque no sé si él me recuerda a mí.

—¿Nombre?

—Malcolm Diwitt, el tipo a quién mencioné una vez, entrevistándose con mi jefe.

—Diwitt —murmuró él pensativamente—. Claro —exclamó de súbito—. El nombre corresponde a las iniciales MJX, que encontré en la agenda de Wharton. Él fue quien pagó diez mil por liquidarme.

Cobina se asustó.

—Entonces, ha venido aquí para asesinarte —dijo.

—Estaré prevenido. Por ahora, no te preocupes de otra cosa que de disfrutar de tu paseo. ¿Qué te parecen estas vacaciones?

—Maravillosas. El día en que me case, vendré aquí en viaje de novios.

—No sabía que fueses a casarte —dijo Kirboe, sorprendido.

—Un día u otro será, Ethan.

—¿Qué es tu prometido?

—Ethan, yo no he dicho que tenga novio. Sólo he dicho que algún día me casaré.

—Bueno, eso me deja algunas posibilidades —rió él.

Cobina sonrió maliciosamente.

—Tienes las mismas posibilidades que otro cualquiera —dijo.

Kirboe contempló a la muchacha, vestida con un «dos piezas» de detonante color rojo. En realidad, era una serie de triángulos que cubrían lo más indispensable. Los dos triángulos superiores, sobre todo, eran pequeñísimos. «De saco de huesos, nada», pensó, complacidamente.

Había algunas lanchas que paseaban por el mar. Al cabo de un buen rato, Kirboe paró el motor.

—¿Quieres bañarte? —sugirió.

—¿Qué me dices de los tiburones? —preguntó ella, recelosa.

—Si los hay, están mar adentro. De todos modos, ahora no hay

ninguna aleta a la vista. No te alejes de la barca.

Cobina se lanzó de cabeza al agua. Kirboe sacó un cigarrillo y lo encendió placenteramente. Al cabo de unos momentos, Cobina trepó por la escalerilla adosada a uno de los costados de la embarcación. Kirboe abrió la nevera portátil que había llevado con refrescos fríos y le ofreció uno.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Magnífico. ¿Tú no te bañas?

—Enseguida. —Kirboe tomó un sorbo de la cerveza que había sacado—. De momento, estoy vigilando.

Cobina se alarmó.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No mires. Hay una lancha a doscientos metros. Hace un momento, había tres hombres. Ahora sólo veo dos. Uno de ellos me pareció haberlo visto anoche en el restaurante.

—¿Temes algo, Ethan?

—Temo cualquier cosa —respondió él llanamente, sin quitar ojo de la embarcación sospechosa, que se balanceaba suavemente en las aguas.

Al cabo de unos momentos, Kirboe dio el contacto y encendió el motor, dejándolo al ralentí. Casi en el mismo instante, percibió un leve choque en el casco de la embarcación.

—Cobina, ven, rápido —llamó.

Ella acudió al puesto de pilotaje.

—Voy a sumergirme —dijo él—. Cuando yo te ordene, avanza a fondo la palanca de gas. ¿Entendido?

—Sí, Ethan.

Inmediatamente, Kirboe se lanzó de cabeza al agua. Aunque no llevaba gafas protectoras, abrió los ojos. Una forma confusa se alejaba nadando rápidamente, a la vez que se hundía oblicuamente en las profundidades. Kirboe captó la imagen de una botella de aire comprimido.

Una horrible sospecha hirió su mente. Sacó la cabeza, aspiró un poco de aire y volvió a sumergirse, situándose bajo el casco de la lancha. Casi en el acto, vio la caja negra, adosada al casco por medio de unas ventosas.

Agarró la caja y tiró de ella, volviendo a la superficie inmediatamente. Apenas estuvo a bordo, gritó:

—¡Adelante, Cobina!

Ella avanzó la palanca de gas y el motor rugió atronadoramente. Kirboe se situó a su lado, para mover la rueda del timón, dirigiendo la barca hacia la lancha sospechosa.

Cobina le contemplaba, sin comprender en absoluto sus intenciones. De pronto, Kirboe dejó caer algo al agua.

—A la izquierda, ahora —dijo.

Ella hizo girar el volante. La lancha se desvió de su rumbo primitivo, alejándose a veinticinco nudos. De pronto, cuando habían recorrido escasamente doscientos metros, se oyó una fragorosa detonación bajo las aguas.

Un segundo estampido se oyó casi en el acto. Enormes chorros de espumas subieron a lo alto. Cobina se asustó.

—¡Ethan! ¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Corta gas —contestó él.

Kirboe se volvió. La lancha sospechosa se alejaba hacia la costa. A bordo sólo había dos hombres.

—¿Querrás explicarte? —pidió ella, impaciente.

—Nos pusieron una bomba bajo el casco.

Cobina sintió frío.

—¡Cielos! Estuvimos a punto de saltar en pedazos —dijo—. Pero ¿por qué no tiraste la bomba inmediatamente?

—Quería devolverla a su dueño. La recibió, créeme.

Ella guardó silencio unos instantes.

—Me pareció oír dos detonaciones...

—Si —confirmó Kirboe—. La primera pertenecía a la bomba. Pero debió de estallar muy cerca y la botella de aire comprimido reventó. El hombre que mató a Ben Tucson, porque fue él, no me cabe la menor duda, ya sólo es carne para pasto de los peces.

—Eres terrible, Ethan —dijo Cobina.

—Acaso ese mismo individuo fue el que mató a tu amiga Gussie —murmuró él sombríamente—. Y si no fue él, es indudable que pertenecía a la banda. ¿Lo lamentas?

Cobina hizo un gesto negativo.

—No —respondió.

—Cuando volvamos al hotel, recuerda: debes averiguar el número de la habitación de Tucson.

—Lo haré —prometió la muchacha—. Oye, ¿no tienes algo en la

nevera más... fuerte que unos refrescos?

—Cerveza, guapa.

Cobina suspiró.

—Tendré que conformarme. Dame una lata —dijo.

Kirboe se asomó al pasillo y lo vio desierto. Era la hora del almuerzo y la mayoría de los huéspedes estaban en el comedor o se habían ido a alguno de los restaurantes turísticos de la isla. Kirboe se dijo que era la ocasión apropiada.

Salió de su cuarto y caminó con paso natural, hasta hallarse frente a una puerta. Mientras manejaba la ganzúa, miraba continuamente a derecha e izquierda. Al fin, pudo abrir y colarse en la otra habitación.

Cerró a sus espaldas. Los ocupantes del cuarto estaban en el comedor. Debía darse prisa.

Inmediatamente, empezó a trabajar. Había un par de maletas, cerradas con llave, pero ello no representó para él ningún obstáculo. Al fin, en una de las maletas, que disponía de doble fondo, encontró lo que buscaba.

Y algo más. Con ojos llenos de admiración, contempló el collar de brillantes que Leslie Grantland había birlado a la volcánica señora Erickson. Pero el desaprensivo individuo tenía algo más: dos fajos de billetes de a cien dólares. Cada uno debía estar formado por cien billetes, lo que daba un total de veinte mil. Sin embargo, uno de los fajos era algo menos grueso que el otro.

—Ya ha sacado algún dinero para gastos —murmuró—. ¿Dónde diablos guarda el resto del dinero?

De súbito, concibió una idea. Sacó un billete del fajo de menor espesor y se lo echó al bolsillo. Dejó todo como lo había encontrado y se encaminó hacia la puerta.

Momentos después, abrió la de su habitación. Entonces vio a dos sujetos que le esperaban.

Los había visto la víspera y también por la mañana, en el mar. Eran tipos duros, dispuestos a todo.

—Le aguardábamos —dijo uno de ellos.

—Aquí me tienen amigos míos —sonrió Kirboe—. ¿Puedo servirles algo, caballeros?

—Yo soy Mulligan. Mi amigo es Owie Carter.

Falta uno: Laskie Hobson. Ha sufrido un accidente.

—Lo siento tantísimo. ¿Qué dicen los médicos?

—Los médicos no dicen nada, porque ha muerto —respondió Mulligan, sin alterar un ápice su expresión de impenetrabilidad.

—Lamentable —dijo Kirboe—. Sospecho que ese accidente se debe a la inexperiencia en el manejo de explosivos.

—Algo hay de eso, en efecto. Señor Kirboe, queremos pedirle un favor.

—Si está en mi mano...

—Váyase de Port Henlon. Vuelva a su casita y olvídense de todo. Esperemos que lo sucedido esta mañana le sirva de lección. No siempre se encontrará con un hombre... inexperto.

—A Tucson le ataron un peso a los pies. Como yo no buceo, quisieron enviarme al cielo por medio de una bomba. ¿Cuál será el siguiente método, si no accedo a su cortés solicitud?

—Si se lo decimos, se perderá el efecto de la sorpresa.

—Lo cual no resultaría agradable, en efecto. Bien, caballeros, tomo nota del aviso y lo agradezco muy sinceramente. ¿Algo más?

—Eso es todo. Vámonos, Owie.

Los dos matones se marcharon. Kirboe se secó la frente al quedarse solo.

—¡Uf! Vaya pareja —comentó.

Luego buscó en su equipaje y sacó una lupa de gran potencia. Pero, de pronto, sintió deseos de ver algo y extrajo de su bolsillo el collar de diamantes.

—¡Fantástico! —dijo Cobina a sus espaldas.

CAPÍTULO X

Kirboe se volvió sonriendo hacia la muchacha y lanzó hacia ella el collar. Cobina lo atrapó al vuelo.

—¿Puedo ponérmelo?

—Claro.

Kirboe se sentó ante una mesa, junto al ventanal que daba a la terraza, y empezó a examinar el billete de cien dólares con la lupa. Cobina, entretenida en mirarse ante un espejo, con el collar puesto, tardó un rato en darse cuenta de la actitud del joven.

—Eh, ¿qué hace? —preguntó.

—He encontrado parte de los billetes de la señora Haggerty —respondió él.

—¡Caramba! Sí que actúa rápido. ¿Dónde estaban?

—En el mismo sitio que el collar. Cuidado, vale quince mil.

—Pero ¿no dijo que valía ciento cincuenta...?

—Quince mil es lo que vale para nosotros, muchacha.

—Ah, ya comprendo. Pero ¿qué dirán cuando noten la falta?

—A nosotros, nada. Ni tampoco creo que lo denuncien a la policía.

—Leslie Grantland es guapo, pero parece hombre de mal genio.

—Posiblemente. Me gustaría que viniera a quejarse.

—¿Qué le harías, Ethan?

—Machacarles las narices con mucho gusto. —De pronto, Kirboe se puso en pie—. Bueno, ya he terminado.

—¿Qué ha encontrado en el billete?

—Nada. ¿Sabe cuál es la habitación de Tucson?

Cobina se volvió y enseñó una llave.

—¿Qué tal lo he hecho? —sonrió.

Kirboe arqueó las cejas.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Pregunté, me dijeron que estaba desocupada y la tomé para

una imaginaria amiga mía que llegará hoy. Si hay que pagar algo, usted se encargará de ello.

—Descuide, preciosa. Por favor, ¿quiere darme el collar?

—No tengo otro remedio. ¡Qué envidia me da la señora Erickson! —suspiró la muchacha.

Kirboe fijó los ojos en Cobina. Ella vestía una blusa muy liviana, sin mangas, con la espalda al descubierto, y pantalones, cortísimos y muy ceñidos a las caderas.

—Un día se la presentaré —sonrió—. Después de que la vea, ya no la envidiará.

—Tiene muchísimo dinero...

—Y también veinte años y veinte kilos más que usted.

—Entonces, ya no la envidio —dijo Cobina rápidamente.

—No tiene que envidiarla y ahora menos que nunca. —De pronto, Kirboe avanzó hacia la joven y rodeó su cintura con los brazos—. Ella sí te envidiaría en estos momentos.

Cobina se echó a reír.

—No eres modesto —dijo.

—Tal vez no, pero sí soy sincero.

Kirboe acercó su boca a la de la muchacha. Cuando ya estaba a punto de besarla, algo centelleó en su mente con el fogonazo de un relámpago en noche de tempestad.

—¡Eureka! —gritó.

Ella le miró atónita.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó.

—Lo mismo que a Arquímedes cuando descubrió su famoso principio...

—Conozco la historia, pero ahora no tratamos de formular una ley física, sino de buscar un millón de dólares.

—Es que, precisamente, he dicho «eureka» porque ya sé dónde están los billetes, a excepción de los veinte mil que la pareja tiene en una maleta, para sus gastillos.

—¿Dónde está el dinero, Ethan?

—Olvídalo por ahora. Hasta la noche, no iremos a buscarlo. Antes, sin embargo...

De nuevo buscó sus labios. Pero el beso fue muy corto. Cobina se separó rápidamente.

—Será mejor que cortemos ahora que estamos a tiempo —

propuso, con ojos muy brillantes.

Kirboe sonrió.

—Bien, ya llegará el momento en que sobre tiempo para... Cobina, al oscurecer iremos a la habitación de Tucson —decidió.

Anocheecía ya cuando entraron en el dormitorio que había ocupado Ben Tucson un par de semanas antes. Kirboe encendió las luces. Cobina se encargó de correr las cortinas.

Inmediatamente, empezaron a registrarlo todo. Una hora más tarde. Kirboe, desalentado, suspendió la tarea.

—No me explico dónde nudo esconderlo —dijo.

—Ah, pero ¿escondió algo?

—Tengo esa sensación... Quizá sea una corazonada... pero el truco de los armarios de la estación de autobuses no era sino algo destinado a engañar a sus enemigos. Lo que debimos encontrar en lugar de una bomba está aquí.

—Sí, pero ¿dónde?

Kirboe tenía un cigarrillo pendiente de los labios. De pronto, se metió en el cuarto de baño.

—He oído decir que el truco de la cisterna del inodoro está muy visto —dijo ella.

Kirboe no contestó. La cisterna del inodoro no estaba a la vista. De pronto, se acercó a la pared y la contempló con gran atención durante unos segundos.

—Me parece que ya lo he encontrado —dijo.

Sacó una navajita y la desplegó, para utilizarla como destornillador. A los pocos momentos, el panel se despegaba del muro y la cisterna quedaba a la vista.

Kirboe no necesitó examinar el depósito. Lo que buscaba estaba sujeto al interior del panel, por medio de tiras de papel adhesivo.

Atónita, Cobina vio dos objetos planos, de forma rectangular, envueltos en papel fuerte. Kirboe los soltó, se los entregó a la muchacha y luego volvió el panel a su sitio.

—Esto pesa bastante —observó ella.

—Es lógico —convino Kirboe—. ¿No te imaginas qué es?

—No tengo la menor idea, Ethan.

Kirboe tomó aquellos dos rectángulos y los sopesó unos instantes. De pronto, sonó una voz:

—Yo también los buscaba. ¿Quiere dármelos, señor Kirboe?

Cobina lanzó un gritito de susto. Kirboe se volvió y contempló al sujeto que estaba parado en la puerta del baño, con una pistola en la mano.

—El señor Diwitt, supongo —dijo, sonriendo.

—Yo mismo, en efecto. Ben Tucson fue muy astuto, pero sabíamos que, tarde o temprano, daríamos con esos dos trocitos de metal.

—Ya los han encontrado. Los tengo yo.

—Se los he pedido, Kirboe. Démelos.

Kirboe contempló pensativamente el revólver que empuñaba Diwitt.

—¿Ha renunciado ya a los servicios de la agencia Wharton? —preguntó.

—Eran muy malos. Con usted, fallaron lamentablemente.

—En cambio, acertaron con Tucson y su hermana.

—Eran blancos fáciles. Pero yo no fallaré, se lo aseguro.

—Diwitt, ¿qué hará cuando le haya entregado estos objetos?

Hubo un momento de silencio. Luego, muy lentamente, Diwitt dijo:

—Las habitaciones están insonorizadas.

—Claro, resulta muy conveniente para los recién casados en luna de miel —rió Kirboe—. Bien, ahí van...

El primer trozo de metal voló por los aires, sin demasiada potencia. Diwitt se distrajo una fracción de segundo, lo suficiente para que Kirboe arrojase el otro trozo con más fuerza, dirigiéndolo a la cara del sujeto.

Diwitt aulló cuando aquel pedazo de duro metal le alcanzó con el borde, bajo el pómulo izquierdo. Perdió el equilibrio y manoteó desesperadamente, pero cuando ya iniciaba la recuperación, un puño chocó contra su mandíbula con tremenda violencia.

Kirboe inspiró fuertemente, mientras recuperaba los objetos, que entregó a la muchacha. Diwitt continuaba caído en el suelo.

Cobina vio a Kirboe hacer ciertas manipulaciones en el arma de Diwitt. Momentos después, la mano del joven tiró de ella hacia la salida.

—Larguémonos —dijo él.

Antes de un minuto, estaban de vuelta en la habitación de Kirboe. Mientras el joven cerraba, Cobina se puso una mano en el

pecho.

—Un día me moriré del susto —dijo.

—Tú aceptaste el empleo, me parece —sonrió Kirboe.

—Sí, aunque nunca pensé que resultaría... tan agitado. Bueno, ¿se puede saber qué son esas dos cosas que escondió Tucson en su baño?

Kirboe rasgó el papel de la envoltura de uno de los trozos de metal. Cobina, atónita, empezó a comprender.

—Es... increíble. ¡Pero también muy peligroso!

—Lo fue desde el momento en que Tucson se metió en este asunto —contestó él—. Y ahora, si me lo permites, voy a esconder estos dos valiosos pedacitos de metal. ¿Quieres preparar dos copas?

—Es algo que nos sentará muy bien —admitió la muchacha.

Kirboe volvió a su lado minutos después.

—Ya está —dijo.

—¿Es un lugar tan seguro como el que usó Tucson?

—Mucho más todavía. Pero nuestro trabajo no ha terminado.

—¿Qué es lo que debemos hacer, Ethan?

—Buscar el millón de dólares... bueno, los novecientos ochenta mil que quedan.

—¿Cuándo?

—A la noche.

—¿Los dos?

—Te necesitaré.

Cobina sonrió.

—Y ahora, ¿me necesitas?

Una chispa maliciosa apareció en los ojos de Kirboe.

—Sí.

Se acercó a ella y la abrazó.

—Un hombre joven y no mal parecido, siempre necesita a una chica joven y atractiva —dijo.

—¿Cómo alternativa de otras o para siempre?

—Trataré de que sea para siempre.

—Eso no me convence demasiado...

Kirboe inclinó la cabeza.

—Voy a persuadirte de que, en lo sucesivo, vas a ser la única —dijo.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—Espera un momento y lo sabrás. Quedamos antes en que buscaríamos tiempo... ahora lo tenemos...

Alguien llamó a la puerta en aquel instante. Cobina se echó a reír.

—Me parece que tendremos que aplazarlo —dijo, burlona.

CAPÍTULO XI

Kirboe abrió la puerta. Bajo el dintel, apareció la espléndida silueta de Helen Haggerty.

—Hola... Oh, no sabía que estuvieses acompañado...

Kirboe se apartó.

—Entra. Mi secretaria y yo discutíamos ciertos aspectos del caso —manifestó—. Helen, te presento a Cobina Watson. Cobina, la señora Haggerty.

Helen hizo una fría inclinación de cabeza.

—Señorita...

—Señora Haggerty —dijo la muchacha.

—Quiero hablar contigo, Ethan —declaró Helen—. A solas, por favor.

—Lo siento. No tengo secretos para la señorita Watson.

—Para eso soy su secretaria —rió la muchacha.

Dos manchas rojas aparecieron en los ojos de Helen.

—Está bien —dijo—. Ethan, quiero que registres a fondo la habitación que ocupó Ben Tucson. Está ocupada por el momento, aunque creo que mañana llega una chica americana, que ya la ha reservado. Por tanto, tienes tiempo de sobra.

—¿Qué hay en esa habitación? —preguntó Kirboe con naturalidad.

—Lo sabrás cuando lo encuentres. Llévalo a la mía, a cualquier hora. Eso es todo.

Helen se volvió hacia la puerta, pero no completó el gesto.

—Ah, sea lo que fuere, sospecho que debe de estar muy bien envuelto. No seas curioso. Ethan —añadió.

—Muy bien, haré lo que pueda. A propósito, ¿conocías a Tucson?

—Éramos buenos amigos —contestó Helen fríamente.

—Tengo entendido que era muy guapo.

—No intentes curiosear —sonrió Helen—. Ha sido un placer, señorita...

—Aguarda un momento. Todavía no he terminado —dijo Kirboe.

—¿Qué sucede ahora, Ethan?

—Tengo el cheque que te pedí anoche. Faltan cuarenta mil dólares.

—Aún no tengo el dinero.

—Será tuyo de nuevo antes de veinticuatro horas. Ya puedes ir preparando el cheque, Helen.

—Si lo que dices es cierto, yo también cumpliré mi compromiso. Y añadiré otros diez mil por el registro en la habitación de Tucson. Lo haría yo... pero, a fin de cuentas, tú tienes experiencia.

—Eso sí es cierto. Ah, a propósito, mañana por la noche, doy una fiesta en el pabellón colonial del hotel. Me gustaría que asistieras.

Helen enarcó las cejas.

—¿Una fiesta?

—Sí, cena, champaña, flores, música...

—¿Celebras algo especial?

—El éxito.

Una indefinible sonrisa apareció en los labios de Helen.

—Te felicito —dijo—. Por cierto, me pondré otro vestido, para no coincidir con la señorita Watson.

—Yo usaré el mismo —exclamó Cobina petulantemente.

Helen dio media vuelta y salió dando un portazo. Cobina se puso furiosa.

—Habrase visto... ¡Llamarme saco de huesos! —De pronto, recordó algo—. Ethan, ¿por qué vas a dar esa fiesta?

Kirboe entrecerró los ojos.

—Será una especie de cena de asesinos —contestó. Y se acercó al teléfono, porque quería hacer una llamada al continente.

Era muy de madrugada, cuando Kirboe y Cobina, convertidos en sendas sombras fantasmales, salieron del hotel y se dirigieron al garaje. La joven, como la vez anterior, se quedó vigilando, mientras Kirboe manipulaba en el automóvil de Grantland.

Al cabo de unos minutos, llamó a la muchacha:

—Cobina, ven.

Ella acudió. Kirboe tenía en la mano una diminuta linterna, cuya luz iluminó algo que dejó a la joven sin respiración.

—¡Dios mío! ¡Es una visión aterradora!

—¿Tanto miedo te da un millón de dólares? —sonrió él.

Cobina guardó silencio unos instantes.

—¿Cómo lo adivinaste? —preguntó al cabo.

—La rueda de repuesto estaba a la vista, colocada descuidadamente. Entonces, vi que no había nada más en el maletero y no le presté demasiada atención. Pero fue un detalle que se grabó profundamente en mi subconsciente, ya que, en realidad, había algo que no estaba bien. De repente, me di cuenta de que la rueda de repuesto no se debía ver. En este tipo de coches, queda oculta por una cubierta de moqueta, con forro de goma, bastante gruesa, de modo que el piso del maletero queda completamente plano cuando la rueda queda encajada en su alvéolo. ¿Lo comprendes ahora?

—Sí, es una explicación llena de lógica. Pero ¿vas a dejar el dinero aquí?

Kirboe abrió su camisa y extrajo un saquete de fina tela.

—Empieza a echar fajos de billetes —dijo.

Cobina puso manos a la obra.

—Noventa y siete —informó, al concluir su tarea.

—Lo cual significa que la pareja se quedó con treinta mil dólares para sus gastos. —Kirboe ató el saquete—. Regresemos —dijo al terminar.

Volvieron al hotel. Kirboe llevó el dinero a su habitación y Cobina se fue a la suya. Antes de acostarse, Kirboe comparó uno de los billetes hallados en el maletero del coche, con el que había quitado del maletín de Grantland.

—Son idénticos —murmuró, satisfecho.

Consideró que debía premiar su labor y se tomó una copa. Luego se metió en la cama.

A los pocos minutos, dormía como un bendito.

Kirboe pasó el resto del día disponiendo la fiesta en el pabellón colonial, un edificio acristalado, situado en el centro de una amplia glorieta que había en los jardines del hotel. El pabellón era un tanto anticuado y carecía de climatización, aunque disponía de varios ventiladores de techo.

—Funcionarán sin dificultad, señor —aseguró el *maître*, del hotel.

Y, para probar su aserto, movió el interruptor y las aspas de los ventiladores, empezaron a moverse.

—Son muy lentos —se quejó Kirboe.

—Es que si les diésemos al máximo de potencia, no se podría estar debajo de ellos, señor.

—Ah, pueden girar a más velocidad.

—En efecto, señor Kirboe.

—Me gustaría verlo...

El *maître* tocó un segundo interruptor. La velocidad de rotación de los ventiladores se aceleró considerablemente.

—Hay una tercera velocidad todavía, pero no se usa nunca —informó el *maître*.

Kirboe tomó nota del detalle. Cuando vio que todo estaba dispuesto, regresó al hotel.

Cobina estaba en su habitación y decidió hablar con ella. Al abrir la puerta, advirtió que había alguien con la muchacha.

—Todo esto me parece absurdo, señorita Watson —decía el hombre con voz áspera—. ¿A qué viene esta invitación a una cena en el pabellón colonial?

—Lo siento, señor Lonsdale. Ni yo misma lo sé. Eso es cosa del señor Kirboe.

—Ahora trabaja usted para él, ¿no es así?

—En efecto.

—¿Estaba descontenta de nosotros?

—Oh, no, en absoluto, pero como él paga mejor...

—Puede que pague mejor, pero carece de solvencia.

—¿Cómo lo sabe usted, señor Lonsdale?

El individuo refunfuñó algo entre dientes.

—Carece del crédito de mi empresa —añadió.

—Yo confío en él, señor Lonsdale —afirmó Cobina—. Pero si quiere saber más detalles, ¿por qué no habla directamente con el señor Kirboe?

—Lo haré a la noche, durante la cena.

Kirboe se dio cuenta de que el individuo se disponía a salir y corrió a su habitación. Al entrar, vio a Helen, aguardándole con visibles muestras de impaciencia.

—Creí que no ibas a venir —dije—. ¿Dónde te has metido?

—Trabajando. ¿Acaso crees que estoy mano sobre mano?

—No me fiaría demasiado... ¿Has registrado la habitación de Tucson?

—Desde luego.

—¿Y bien?

—No he encontrado nada de particular. En cambio, puedo garantizarte que sé dónde está tu dinero.

El rostro de Helen se animó.

—Dámelo —pidió con vehemencia—. Tengo unas ganas locas de abandonar esta maldita isla...

—Hasta la noche no lo tendré —mintió Kirboe—. He dicho sólo que sé dónde está, no que lo tenga.

—Pero si lo sabes, ¿por qué no vas a buscarlo? Evelyn y su fulano pueden recelar algo y marcharse de Port Henlon...

—Se quedarán aquí, descuida. Les interesa tanto como a ti.

—Ethan, no acabo de comprenderte —dijo Helen malhumorada—. Pero debes saber una cosa: no intentes engañarme. Te costaría muy caro. Soy peor que muchos hombres, cuando alguien se burla de mí.

—La hembra de la especie, ¿eh?

—Exactamente. —Helen avanzó hacia la puerta, pero de pronto, se detuvo—. Acudiré a la fiesta —agregó.

—No esperaba menos. ¿Ya has elegido el vestido?

—El saco de huesos se morirá de envidia cuando me vea —aseguró la señora Haggerty.

Kirboe rió suavemente. Helen abrió la puerta, justo en el momento en que la mano de Cobina se disponía a golpear la madera. Cobina detuvo su mano a un centímetro escaso del ojo izquierdo de Helen.

—Cuidado, chica —dijo la señora Haggerty ásperamente.

—Lo siento —se disculpó Cobina—. La verdad es que no esperaba encontrarla aquí.

—En cambio, usted parece ser una habitual del dormitorio del señor Kirboe —exclamó Helen áridamente.

—Vale más ser habitual del dormitorio de un solo hombre, que no recibir en el propio a muchos hombres —replicó la muchacha con no menor mordacidad.

Helen lanzó una palabrota y salió al pasillo. Cabina, miró a Kirboe.

—¿He estado bien? —preguntó.

El joven cerró la puerta.

—Has ganado por *K. O.*, dialéctico —contestó riendo—. Dice que te vas a morir de envidia cuando la veas con su nuevo vestido.

—Eso es algo que no me quitará el sueño —declaró Cobina francamente—. Ethan, Lonsdale ha estado en mi habitación.

—Lo sé, preciosa.

—¿Cómo? ¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie. Yo iba a entrar sin llamar y, al abrir puerta, no pude por menos que escuchar la voz de un hombre. Me llamó la atención y...

—Lo oíste todo.

—Casi todo, al menos. Llegué cuando Lonsdale decía que esto le parecía absurdo. ¿Dijo algo antes?

—No gran cosa. Pero le vi muy preocupado.

Kirboe entornó los ojos.

—Tiene que estarlo a la fuerza. Lo mismo que Helen —murmuró.

—Ethan, ¿hay alguna relación entre Helen y Lonsdale?

—No estoy muy seguro... pero tú dijiste una vez que Diwitt había mencionado algo sobre vidrios.

—Sí.

—Tal vez se dediquen al contrabando de diamantes. O quizá... A la noche aclararemos todo. —Kirboe miró de un modo especial a la muchacha—. Tengo entendido que piensas usar el mismo vestido.

—Por supuesto. Quiero que Helen se muera de envidia y... Ethan, ¿por qué tenías que entrar sin llamar en mi habitación? ¿Tal vez querías sorprenderme con poca o ninguna ropa, desvergonzado sujeto?

—¡Ah! ¿Estás sin ropa cuando te encuentras a solas?

—Hombre, hay momentos en que...

—Ayer estuvimos en el mar. Anoche fuimos a cenar a The Old Sailor. No es que haya visto todo lo que me gustaría ver, pero me hago una idea.

Cobina levantó la mano para golpearle, pero él la atrapó rápidamente y depositó un beso en su palma.

—No seas quisquillosa, guapa —dijo—. Y a ver si te pones bien bonita para asistir a la cena.

—No puedo añadir mucho más a lo que me ha dado la naturaleza, Ethan.

—Es que ha sido muy generosa contigo. Ahora, escúchame con toda atención. He de darte instrucciones para la cena de los asesinos y quiero que las cumplas al pie de la letra. ¿Entendido?

—Empieza ya —invitó Cobina.

CAPÍTULO XII

El *maître* inclinó profundamente la cabeza y recogió discretamente los billetes que le entregaba Kirboe.

—Todo está dispuesto como ha ordenado el señor —murmuró—. Deseo al señor y a sus invitados una feliz velada.

El *maître* se alejó, llevándose a los camareros. Kirboe paseó la vista por el interior del pabellón colonial, en el que las mesas habían sido situadas en círculo. La cena iba a ser a base de fiambres y el champaña y las demás bebidas estaban también dispuestas. En la puerta, Cobina, ataviada con aquel espectacular traje floreado, le dirigió una leve sonrisa.

—Viene alguien —musitó.

Una pareja se hizo visible en la entrada. Grantland y Evelyn Dunn miraron con recelo al investigador cuando se acercó a recibirlos.

—No tenemos el gusto de conocerle, señor Kirboe, pero aceptamos complacidos su invitación —dijo Grantland—. ¿Puedo saber si celebra algo excepcional?

—El término feliz de un buen negocio, eso espero —sonrió el joven—. Señorita Dunn, es usted tan guapa como me aseguraron. Sinceramente, envidio al hombre que tiene al lado.

—No me fío de usted —dijo la rubia secamente—. Nos marcharemos apenas hayamos cenado.

Cobina se acercó.

—Les llevaré a su mesa —sonrió.

Casi en el acto, apareció un hombre grueso, sudoroso, acezante.

—Soy Evanston —se presentó.

—Cobina, por favor, acomoda al señor Evanston —indicó Kirboe.

Otra pareja apareció a los pocos instantes. Kirboe saludó a los dos hombres que había visto en la lancha, junto con Laskie Hobson

y que luego le habían visitado para amenazarle si no abandonaba Port Henlon.

—Me iré mañana mismo —aseguró—. Mientras tanto, háganme el honor de ser mis invitados.

Carter y Mulligan refunfuñaron algo entre dientes y se situaron en la mesa que les señaló Cobina. Carter dulcificó un tanto su expresión al contemplar a la muchacha, vestida tan osadamente.

—Después de la cena, la invitaré a un trago —dijo.

Cobina sonrió, pero no contestó. Ya sólo faltaban tres invitados. Lonsdale y Diwitt llegaron un minuto después.

—¿Se ha metido a acomodadora, señorita Watson? —preguntó Lonsdale ofensivamente.

—La secretaria de un investigador debe saber hacer de todo —contestó la muchacha amablemente.

—Incluso de amante del jefe.

—En todo caso, usted lo intentó, pero no lo consiguió. Por aquí, señor Lonsdale.

El rostro del aludido se puso completamente rojo. Diwitt estaba muy serio.

Helen se hacía esperar. Cobina tomó una bandeja que había en la mesa del servicio, cubierta con un paño blanco, y se acercó a Carter y Mulligan.

—Caballeros —dijo en voz baja—, ustedes no lo ven, pero al otro lado de la vidriera, entre los ventanales, hay un hombre que les apunta con una pistola provista de silenciador. Por favor, con toda discreción, dejen sus armas debajo de este paño blanco.

Mulligan lanzó una maldición. Cobina sonreía encantadoramente.

—Si ese hombre ve que me toco la oreja izquierda, hará fuego de inmediato —añadió.

Jurando entre dientes, los pistoleros hicieron lo que les ordenaba la muchacha. Cobina se alejó graciosamente hacia la mesa de servicio, justo en el momento en que Helen Haggerty hacía una espectacular aparición en la entrada.

Helen vestía un traje de color rojo fuego, largo, de tela casi completamente transparente. La única prenda que llevaba debajo era un brevísimo pantalón de encajes, también rojo.

Kirboe salió a su encuentro y le besó la mano.

—Este vestido supera a todo cuanto había visto hasta ahora —dijo.

Ella le miró fríamente.

—Traigo el cheque —dijo.

—Tengo el dinero —contestó él.

—Te lo daré cuando...

—Ahora, por favor.

Helen abrió el bolso, igualmente de color rojo.

—También tengo un revólver —dijo—. Te mataré si me engañas.

Kirboe tomó el cheque y lo guardó en uno de los bolsillos de su chaqueta blanca.

—¿Cobina? —llamó.

—Aquí, señora Haggerty —dijo la muchacha.

Helen se sentó en la mesa indicada. Cobina quedó en pie, junto a la puerta, Kirboe se situó en pie tras otra mesa, sobre la cual se veía una cosa abultada, cubierta con un gran mantel.

—Señoras, caballeros, bien venidos a mi fiesta —dijo—. Pueden comer y beber mientras hablo. A más de uno, el vino le ayudará a soportar las desgracias. Por mi parte. —Kirboe levantó una copa—, permítanme que brinde por todos ustedes.

—Será mejor que vayas al grano, Ethan —exclamó Helen secamente.

—Sí, ahora mismo. Por cierto, ¿conoces al señor Evanston? Pertenece al Departamento del Tesoro de Estados Unidos. Señor Evanston, le presento a la señora Haggerty.

Evanston hizo una inclinación de cabeza. Helen frunció el ceño. Con el rabillo del ojo, Kirboe vio que Diwitt y Lonsdale estaban mortalmente pálidos.

Tranquilamente, Kirboe tomó un sorbo de champaña. Luego empezó a hablar.

—Hace tiempo, no mucho, la señora Haggerty me llamó para encomendarme la búsqueda de un millón de dólares en billetes, que su marido se había llevado para entregárselos a la señorita Dunn, aquí presente. Me pareció muy raro que alguien tuviera en su casa diez mil billetes de a cien, de no disponerse a viajar al extranjero, caso en el que no se hallaba la señora Haggerty, al menos, aparentemente.

»Cuando ella me llamó, ya se habían producido algunas muertes,

las de Ben Tucson y su hermana en primer lugar. Es inútil que explique detalladamente por qué Tucson tuvo que morir, con un lastre en los pies, ni tampoco lo que sucedió con las llaves de los armarios de la estación de autobuses. Aunque sí debo decir que esas llaves no eran sino pistas falsas y una de ellas encerraba su venganza, anticipada o póstuma. Fue póstuma, como todos sabemos, pero lo que Tucson guardaba tan celosamente, estaba aquí, en el propio hotel. El señor Diwitt puede dar fe de ello, porque estuvo a punto de conseguirlo, aunque fracasó.

»El señor Diwitt hizo indagaciones por su cuenta y llegó a la conclusión de que yo era un hombre que estorbaba. Por eso contrató los servicios de la agencia Wharton, agencia que, lamentablemente, falló. Bueno. —Kirboe lanzó una risita—, para mí, fue un fallo afortunado. El señor Diwitt, socio del señor Lonsdale, buscaba lo que Tucson había llegado a conseguir y que tan bien había escondido.

»Ambos, Diwitt y Lonsdale, se dedicaban, entre otras cosas, al lucrativo negocio de las piedras preciosas de contrabando, pero éste podía ser un magnífico asunto y decidieron intervenir en él. ¿Se lo dijo El Cuervo, señor Lonsdale? ¿Lo mató usted porque pedía más de lo conveniente o porque le amenazó con “chivarse” a los “polis”?».

Lonsdale se puso rígido.

—No sé de qué me está hablando —dijo secamente.

—El barman del Teddy's le reconocerá bajo el nombre de Benny Lomax, seudónimo que usaba usted en ocasiones. También dirá la hora en que usted se entrevistó con El Cuervo. Y no llevaba guantes cuando le clavó la navaja en el pecho.

Lonsdale se hundió en la silla. Diwitt tenía las mandíbulas contraídas.

De pronto, Kirboe vio que hacía un gesto con la cabeza a los pistoleros. Carter enseñó las manos vacías, en un ademán harto significativo.

—Señor Kirboe —dijo Grantland—, creo que eso no nos afecta a nosotros. De modo, que si no tiene inconveniente, la señorita Dunn y yo vamos a abandonar la fiesta. No tenemos nada que ver con el millón de dólares.

El joven sonrió.

—Los billetes estaban ocultos en el maletero de su coche —dijo—. Además, en el equipaje tienen alrededor de veinte mil. Es posible que hayan gastado otros diez mil en diversas chucherías. Además, está el asunto del collar de la señora Erickson. ¿Por qué no han denunciado su desaparición?

Evelyn lanzó un chillido de rabia.

—¡Lo tiene él!

—Es cierto —admitió Kirboe, sin pestañear—. Su amiguito Leslie hizo perder el seso a la señora Erickson, lo suficiente para dejar, a cambio del collar auténtico, una buena imitación. Pero usted también le ha chiflado a Leslie o no le habría regalado una joya que vale ciento cincuenta mil dólares.

—Vámonos, Evelyn —dijo Grantland, furioso.

—No corra, Leslie. Su hermano me encargó buscarle. Le sentará la mano en cuanto le vea. Lars también quería tomar parte en el negocio del millón de dólares. Todos estaban locos por esa suma fabulosa pero las muertes no han tenido el dinero como causa exclusiva.

»Helen, incidentalmente, debo decir que el hombre que asaltó tu casa y disparó contra la cama de tu dormitorio, obraba por cuenta propia. Llegué a pensar que alguien había pagado a Delley Parks para que nos quitase de en medio, pero Bronco quería ajustar cuentas conmigo, debido al jaleo en que se vio metido en la estación de servicio. Era un cobarde y no se atrevió a buscarme, sino hasta el momento en que supuso que yo podía estar entretenido contigo.

Helen se puso rígida.

—Te he dado el cheque —exclamó—. Ahora, cumple tu parte. El dinero me pertenece. Es legítimamente mío.

—¿Cómo llegaste a reunir los diez mil billetes? ¿Te los dio Ben Tucson, tu amante en tiempos?

Helen enrojeció.

—Eso no importa ahora. Pero Tucson trabajaba para mí y hacia lo que yo le ordenaba. Sí, pensábamos en ir a Europa una temporada...

—Ben te engañó, Helen.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, muy irritada.

—Enseguida lo sabrás. Pero no eres la única a quién engañó

Tucson. Los Grantland también resultaron engañados. En cambio, Lonsdale y Diwitt adivinaron la verdad desde el primer momento. Lo que Tucson había conseguido, y el señor Evanston se encargará de averiguarlo algún día, podía resultar algo mucho más valioso que un millón de dólares.

—¿Un secreto de Estado, capaz de conducir a una guerra nuclear? —dijo Leslie irónicamente.

De repente, con dramático ademán, Kirboe tiró del mantel que cubría la mesa tras la que se hallaba. Un enorme montón de billetes apareció ante los ojos de los atónitos comensales.

—¡Ese dinero es mío! —chilló Helen.

Grantland se puso en pie. Repentinamente, un pequeño revólver había aparecido en su mano derecha.

—¡Que no se mueva nadie! —gritó—. Me llevaré el dinero, cueste lo que cueste. Kirboe, apártese de la mesa.

El joven sonrió y retrocedió lentamente.

—Evelyn —añadió Grantland—, echa los billetes en el mantel y anuda las cuatro puntas. ¡Rápido, rápido!

La joven se puso en pie. En el mismo instante, Cobina movió un conmutador eléctrico.

Un ventilador se puso en marcha. Cuando Evelyn se hallaba en medio del salón, el chorro de viento alcanzó a los billetes y los hizo volar por todas partes, en medio de un escándalo fenomenal.

—¡El dinero, el dinero! —gritaba Helen descompuestamente.

Carter y Mulligan agitaban las manos como locos, tratando de atrapar los billetes que volaban por todas partes. Evelyn iba de un lado para otro, manoteando frenéticamente para apoderarse de aquellos rectángulos de papel verde. Una vez se agachó y un pie, malignamente, la golpeó en las posaderas, lanzándola hacia delante.

De súbito, Helen se arrojó contra Evelyn y la agarró del pelo, zarandeándola con todas sus fuerzas.

—¡Deja eso, zorra asquerosa! ¡El dinero es mío!

De pronto, soltó a Evelyn, volvió a su mesa y abrió el bolso, para sacar el revólver.

—Mataré al que no deje los billetes inmediatamente —gritó, con ojos que se salían de las órbitas.

Sonó un disparo. Helen chilló agudamente, se tambaleó y cavó al suelo.

—Dije que nadie se moviera —aulló Grantland—. Nos llevaremos el dinero...

—Es falso —dijo Kirboe tranquilamente.

Dos rectángulos de metal volaron por los aires y cayeron al centro del salón. Grantland abrió la boca estúpidamente.

—Eso es lo que yo quería —dijo Diwitt, a la vez que abandonaba su mesa, con el revólver en la mano.

Inesperadamente, Cobina atacó a Grantland por detrás y le golpeó en la cabeza con una gran bandeja de metal. Se oyó un ruido metálico y Grantland se desplomó de bruces.

Diwitt se volvió hacia la muchacha y apretó el gatillo. El revólver explotó con un ruido muy raro. Algo trazo una raya en la garganta del individuo, de la que brotó inmediatamente un caño de sangre.

Todos los presentes oyeron un horrendo gorgoteo. Degollado por la esquila de metal, Diwitt cayó al suelo, pataleando espantosamente. Los billetes empezaron a mancharse de sangre.

Entonces, Evanston se puso en pie, con una pistola en la mano.

—La fiesta ha terminado —dijo.

Cobina lanzó un grito:

—¡Ethan, Helen vive!

Al día siguiente, Kirboe y Cobina salieron en una lancha.

—La policía de Port Henlon se encargará de Grantland, Carter, Mulligan y Lonsdale. Helen está muy grave, pero vivirá. Además, podrá recobrar el dinero que Tucson le birló. Ella le encargaba que fuese sacando dinero de su cuenta, pero Tucson le entregaba billetes falsos e ingresaba en su cuenta particular dinero auténtico.

—Pero, entonces, ¿por qué asesinaron a Tucson?

—Por las planchas que servían para imprimir los billetes, querida. Eran una falsificación punto menos que perfecta. Por eso había tanto interés en conseguirlas. Tucson, además, era muy ambicioso y no se conformaba solamente con el millón que ya le había sacado a Helen.

—Vamos, quería convertirse en un potentado.

—Era insaciable.

Kirboe abrió la nevera portátil.

—A Carter y Mulligan se les acusará de complicidad en la muerte de Tucson. En cuanto a Lonsdale, lo que ha sucedido servirá para poner al descubierto los trapos sucios del contrabando de

gemas. Sucedió que, dado el negocio, debían tener forzosamente muchos contactos y así llegaron a enterarse de la existencia de las planchas grabadas.

—Comprendo —dijo Cobina—. Pero ¿qué le pasó al revólver de Diwitt? Fue algo horrible...

—El que usa armas de fuego no puede ser descuidado. Simplemente, metí una bala en el cañón, sin el cartucho, por supuesto.

—Eres diabólico, Ethan.

Kirboe emitió una sonrisa, mientras entregaba a la muchacha una botella destapada.

—Cuestión de oficio —respondió.

—Ethan —dijo Cobina, después de tomar un sorbo de refresco—, has ganado setenta y cinco mil dólares. Pero a Helen no le has devuelto su millón...

—¿Cómo que no? Sus abogados se encargarán de reclamar el dinero en el Banco donde lo tenía Tucson. Legalmente, le pertenece.

Kirboe tomó un largo trago de cerveza. Luego dijo:

—Helen me ha dado en total sesenta mil dólares, más quince mil de la señora Erickson...

—Sí, ya lo sé —atajó Cobina—. Pero ¿qué esperaba Helen que encontrases en la habitación de Tucson? Porque ella ignoraba que el dinero era falso...

—Una libreta del Banco. Estaba dentro de uno de los paquetes y figuraba a nombre de los dos. Helen, pese a todo, había enloquecido por Tucson... Figúrate el resto.

—Sí, le daba todo lo que pedía. Bien, tú tienes que darme el diez por ciento de esos setenta y cinco mil, es decir, siete mil quinientos.

—Te equivocas. Lo tuyo son treinta y siete mil quinientos.

—¡Eso es la mitad, Ethan! —dijo ella, asustada.

—Claro. Pero también puedes tener todo el dinero, si lo deseas. A fin de cuentas, lo que hay en el matrimonio, es de los dos esposos. Pertenece a ambos por igual, querida —concluyó Kirboe.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

siempre en primera línea cuando se trata de ofrecer a los numerosos lectores que la honran con su adhesión los temas de mayor actualidad,

PRESENTA LA NUEVA SERIE TITULADA:

¡KIAI!

HÉROES DE LAS ARTES MARCIALES

a través de cuyos volúmenes se narra la epopeya de unos hombres que, sin otras armas que sus manos ni otro código que el de su peculiar filosofía, luchan esforzadamente por el

BIEN Y LA JUSTICIA

APARICION SEMANAL

RESERVE SU EJEMPLAR. PRECIO 20 PTAS.

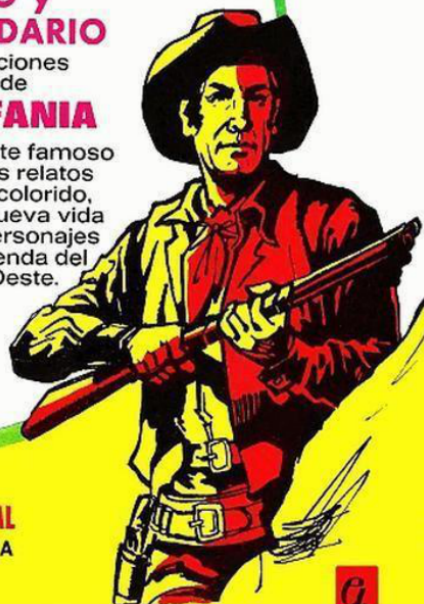
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

